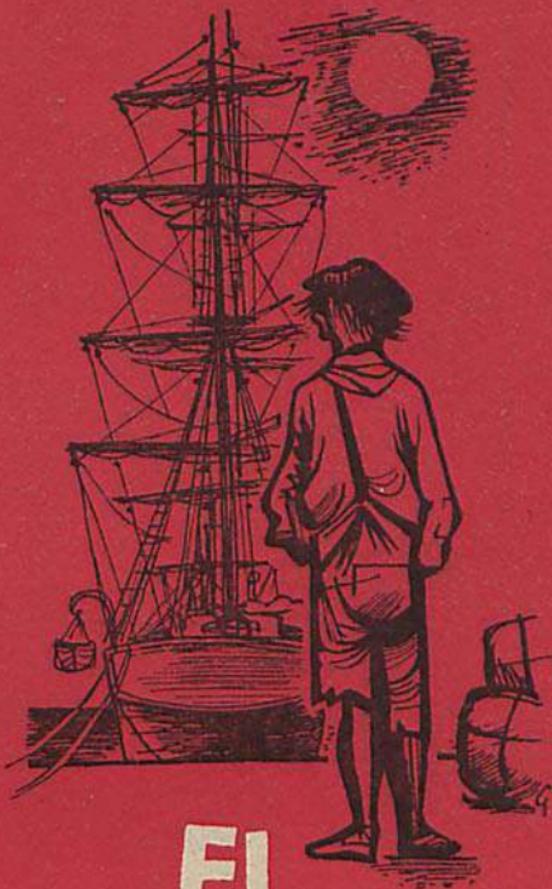


Ramón Ledesma Miranda

LA NOVELA



del SÁBADO



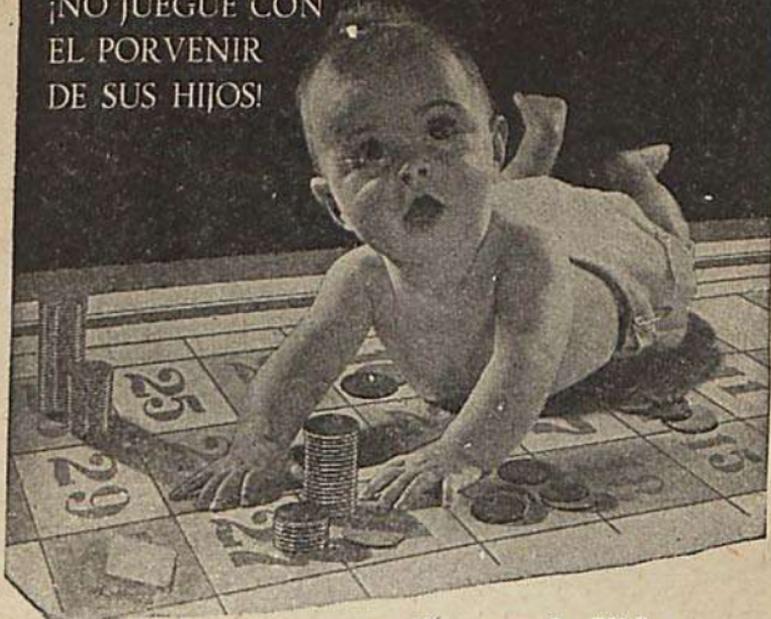
EL VAGABUNDO

9

N.º 41

Diputación de Almería — Biblioteca. Vagabundo, El., p. 1

¡NO JUEGUE CON
EL PORVENIR
DE SUS HIJOS!



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

como la voz de un amigo el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPANIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

P 11749

Juan Fdez
AOC

A FATIMA Y LISBOA

Salida los 17 de cada mes
EN AUTOPULLMAN
8 días de viaje

VISITANDO:

OROPESA,
MERIDA (Circo Romano),

LISBOA

(Excursión a Es-
toril, Cascaes y
Cintra),

FATIMA,

COIMBRA,

CIUDAD RODRIGO, etc.

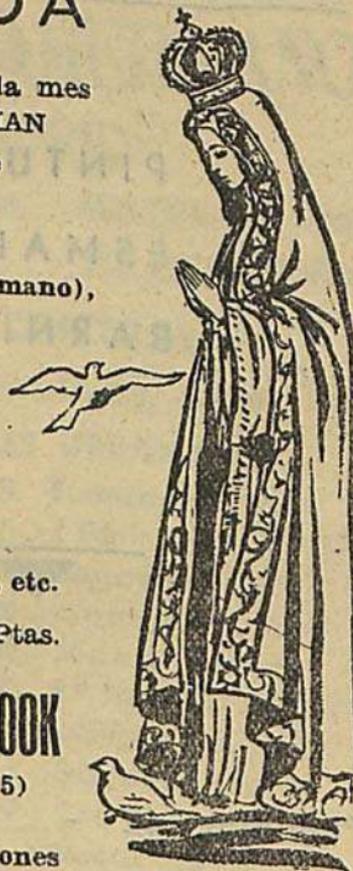
Precio desde 2.530 Ptas.

WAGONS-LITS//COOK

(A. V. G. A. T., 5)

Informes e inscripciones

Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14, Palace Hotel
o en cualquiera de nuestras agencias en
España



LITOLUX

PINTURAS
ESMALTES
BARNICES



Peñuelas, 42 - Teléf. 27 10 29

MADRID

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado. . 400.000.000 Ptas.

Reservas. 510.000.000 Ptas.

CASA CENTRAL

Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Fuencarral, núm. 76
Atocha, núm. 55	J. García Morato, 158 y 160
Avda. Albufera, 20 (Pte. Vallecas)	Lagasca, núm. 40
Avda. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Avda. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Bravo Murillo, n.º 300	P.º Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, núm. 49	Rodríguez San Pedro, 66
Duque de Alba, n.º 15	Sagasta, núm. 30
Eloy Gonzalo, n.º 19	San Bernardo, n.º 35
Serrano, número 64	

Aprobado por la Dirección General de Banco y Bolsa con el número 1330



Señora:
He aquí su
media Nylón
de alta calidad
elástica.

y de precio...
nada caro!

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

Parla

LIBERT.—Anual. 3

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS

31	Gran número. Tratado de Coahuila
32	Los escritores daban de sus cosas—Antonio
	Alfonso
33	El retiro de Iquique—para Antonio de Vega
34	La vida de Iquique—para Antonio de Vega
35	La vida de Iquique—para Antonio de Vega
36	Historias de un castaño—Francisco García
	Yrón
37	Elia—Alfonso Molero
38	Como se caso Bismarck—Antonio Páez
	Varios
39	Historias de Iquique—Francisco García
	Yrón
40	Historias de Iquique—Francisco García
	Yrón
41	La vida de Iquique—para Antonio de Vega
42	El castaño de Iquique—Francisco García
43	El castaño de Iquique—Francisco García
44	Los castaños de Iquique—Francisco García
45	La vida de Iquique—para Antonio de Vega
46	Los castaños de Iquique—Francisco García
47	El fin del mundo—J. A. Gumbel
48	Historias de Iquique—Francisco García
49	Las últimas de Iquique—Francisco García
50	La historia de Iquique—Francisco García

EL VAGABUNDO

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado"

A 12 números	60 pesetas
A 24 " "	120 " "
A 36 " "	180 " "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO Editorial Torner, Valverde 30, Madrid. Telégrafos 22 20 37 y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

PROXIMO NUMERO

Martín Nadie.—C. Fernández Luna.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

21. Gran Turismo.—Francisco de Cossío.
 22. Los revólveres hablan de sus cosas.—Antonio Mingote.
 23. El crimen inútil.—Luis Antonio de Vega.
 24. Doña Berta.—Leopoldo Alas "Clarín".
 25. La tía Asunción.—Juan Antonio de Zunzunegui.
 26. Memorias de un caza-dotes.—Francisco García Pavón.
 27. Flora.—Elizabeth Mulder.
 28. Cómo se casó Brañanova.—Armando Palack Valdés.
 29. ¡Bienvenido, Mister Marshall!—Bardem, Berlanga y Mihura.
 30. Historia de "Farol".—Carmen Nonell.
 31. La niña de la calle del Arenal.—Edgar Neville.
 32. Un caballero desconocido.—Eduardo Marquina.
 33. El secreto.—Mercedes Fórmica.
 34. Dos corazones con ruedas.—Juan A. Cabezas.
 35. La otra ciudad.—Elena Quiroga.
 36. Los mejores cuentos de Navidad.
 37. El fin del mundo.—J. A. Giménez Arnáu.
 38. Lluvia de arena.—Claudio de la Torre.
 39. Los últimos de Filipinas.—Enrique Llovet.
 40. La Gorriona.—Padre Luis Coloma.
-

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

RAMON LEDESMA MIRANDA

11748

EL
VAGABUNDO



AÑO II

NUM. 41

RAMÓN LEDESMA MIRANDA

EL

VAGABUNDO

Copyright by Ramón Ledesma Miranda, enero, IV, 1954.—Reservados todos los derechos. Esta edición es propiedad de LA NOVELA DEL SABADO.



Y entrando en la nave, sus discípulos le siguieron.

San Mateo, VIII, 23.

I

LA JABEGA

Sabemos de Andrés Santos que era hijo de un pescador y de una buhonera; que el pescador llamábase Andrés y la mujer Rocío, y mientras aquél tiraba del copo, a lo largo de las playas, ésta voceaba su mercancía en la ciudad, recorriendo los mercados y las callejuelas.

El padre fué un hombre honrado, sufrido y silencioso, enemigo del naípe y del alcohol, delicias de sus compañeros; la madre, una mujer lozana, fresca y graciosa, de izado busto, gruesa pierna y brazo redondo, con sus peinetas de color en el pelo de endrina y una sarta de donaires y dicharachos a flor de labio. Sin duda esa belleza no se ajustaba demasiado a las helénicas proporciones; esbelta y flexible, faltábale un dedo de altura y sobrábanle varios de rotundidad, mas en punto a hermosura, los griegos no han dicho la última palabra, ni han sido precisamente las estatuas las que han desasosegado a los hombres.

Ni el sayo remendado ni los pies descalzos le hacían

renunciar a engalanar su figura, y la nieve de la biznaga y la púrpura del clavel tocaban su risueño frescor con la más viva pincelada.

Andrés salía, a veces, con el padre a los trabajos de la jábega, y otras con la madre, a la ciudad, a vocear las haratijas del cajón, mostrador ambulante, sujeto al cuello y a los hombros por dos tirajos de cuero. La clientela de la vendedora lo eran casi siempre mujeres y sobre todo mozuelas, atraídas por los zarzillos, los dijes y alfileres, las pastillas de olor y los abanicos con rueda de la Fortuna; los hombres apetecían otras prendas de la gentil vendedora, pero tanto a los peripuestos señoritos, con sus estudiados requiebros, como a los vagabundos y galanteadores de oficio, con el sombrero de catite echado sobre la nuca, ella sabía despacharlos con tanta agudeza como desgarro.

Entonces se iban al flaco de la hermosa quincallera. De la taberna a trasmano salía una guitarra.

—¡ Despáchanos a todos, pero por “seguiriyas”! —decía algún tenorio desairado.

Rocío soltaba el cajón y protestaba:

—... o por malagueñas, “¡saborío!”

—¡ Por malagueñas, salerosa!

—¡ Me vais a perder! —clamaba la quincallera arrebatada—. Son las doce y no he “vendido” un peine.

—Bailando vas a ganar millones.

Temblaba, azorada, se le iban los pies y acababa ordenando a Andrés:

—Niño, ¡ hazme paimas!

Templaba el de la guitarra y se hacía un corro a la quincallera. Esta “se arrancaba” alzando en arco los hermosos brazos, combando el cuerpo, lleno y flexible, izando el brioso busto, arremangándose el sayo por cima de la rodilla.

El coro jaleaba a la quincallera y acompañaba las palmas de Andresito... Agitado el pecho, los ojos húmedos y fulgurantes, arreboladas las mejillas, humedecía los labios y secábase el sudor con el dorso de la mano,

recabando el cajón de quincalla y tomando de la mano a su zagalillo.

El desairado flamenco rasgueaba una copla de reto:

*Me has venido a preguntar
por dónde se entra en el puerto,
y te he dado mi farol,
mi barco y mi pensamiento
para que puedas entrar.*

Quedaba la hermosa un tanto confusa, pero hacía memoria y con voz ligeramente ronca y grave, entonaba:

*No des tormento a tu cuerpo
deseando mi persona,
tú eres el barco en la mar,
yo soy en la mar, la ola.
¡No me puedes alcanzar!*

Y como si en verdad fuese la ola, saltaba de allí —ola, corza o sirena— tirando del “mostrador y del chiquillo, entre ovaciones y vítores del “respetable”.

Se sabe que el matrimonio y el niño fueron protegidos, alguna vez, por don Baltasar Ramírez, Canónigo de oficio de la Santa Catedral. Vivía este religioso con la esposa e hija de su hermano, antiguo oficial de Marina, muerto hacía muchos años.

El Prebendado miraba al chico fijamente y decíale a su madre:

—Este entrará en la Marina, si Dios me da a mí fuerzas y años... ¿Sabe leer? Sabiendo leer y hacer cuatro números, busca por ahí a algún marengo que le enseñe el camino de los astros y los ángulos de los vientos y sale ya con gorra de plato.

La quincallera explicaba:

—De letras no sabe nada el niño, pero en la mar es un pez porque ha nacido junto al agua, y es medio pez medio persona.

—¡Mándalo en seguida a la escuela!

—¿Y el “parné” para el maestro, don Baltasar?

—Envía al muchacho a Lagunillas, a ver a don Mariano, y yo le mandaré un jamón de Ronda por la enseñanza del niño.

Andrés fué a la escuela a cortas temporadas... Allí no aprendió cosa de importancia, salvo los numerosos apodos que la inventiva de los chicos había puesto al maestro y el misterioso contraste entre el palote y la curva, la oronda y panzuda B, la ociosa H y la V volandera como una gaviota que se lanza sobre un pez.

Entre ayudar al padre a tirar del copo e informarse de tan tediosos asuntos, casi prefería las duras faenas de la jábega y el almuerzo sobre las brasas de la arena... Los tripulantes de la barca se dividían en dos cuadrillas, la que a bordo manejaba y facilitaba la red y la que en la orilla, distribuída en las trallas o cabos del copo, iba extendiéndolo esforzadamente. Los pescadores hundían los pies en la arena para arrastrar la pesada malla, dándose los cabos unos a otros y volviendo sobre sus pasos para acudir a los posteriores y extender toda la red. La tarea era lenta y durísima, pues la jábega, la milenaria nave playera y costanera, fué siempre una fuente inagotable de los trabajos más rudos y de más escaso y aventurado provecho. Finadas sus mercaderías y a lo último de la jornada, iba a reunírsele la madre. A la puesta de sol, el mar parecía de aljófár y la rosada luz del agua formaba un solo espacio con el cielo. Algunos músicos ambulantes acudían a los sombreros para amenizar la merienda: habíalos viejos trovadores que un día alcanzaron gloria y fortuna y hoy vivían de limosnas y de recuerdos, ciñendo a la sonanta su vieja y cascada voz. Cantaban la soleá, la debla y la petenera de otras edades venturosas y los aires de la Baja Andalucía que rezuman la brisa salada y sueñan estremecidos por el mar.

—!Va por “usté”, flor de mayo! —ofrecía el viejo “cantaor” a la mujer del jabegote.

Y de los ojos de la hermosa buhonera se desprendía una lágrima, porque aquellos cantos del mar y de la

tierra no sólo acarician los oídos sino que tocan, también a la magia del corazón.

—¡Dadles algo de comer! —terciaban los pescadores—. Todavía los hay más pobres que nosotros.

II

EL REY DEL MUNDO

La quincallera murió joven y el pescador no sobrevivió a su esposa en muchos años. Sobre la consola del cuchitril, donde vivía la familia, quedó, como trofeo melancólico, la caja de la quincalla, y colgados de un clavo los palillos con sus cintajos de colores. Durante la etapa de viudo, el pescador, hombre de pocas palabras, dió en concentrado y hermético. Entonces trabajó hasta el agotamiento, “echando albas” y “saliendo a prima” en las traíñas. Murió extenuado y consumido, diciendo a su hijo estas palabras:

—Me voy con ella.

El niño quedó entonces en la miseria, sin más patrimonio que las postizas con sus roñosos cintajos, la caja de mercancías, una red vieja arrinconada en la casa y un pequeño barquito, una jábega que el padre había fabricado con una navajilla y pintado con un pincel. La caja, los palillos y las redes los vendió por unas pocas pesetas y el barquito, que carecía de venta, lo llevó consigo, en el forro de la chaqueta, como un recuerdo de familia. El padre fué a reunirse con la madre, fué a la misma fosa bajo un humilde túmulo de barro sembrado de chinorros y conchas de la mar, en aquel cementerio del Palo, de jabegotes y marinos, donde mueren las olas con un suspiro eterno.

Al ocurrirle a Andrés la última orfandad, don Baltasar Ramírez, el Prebendado, buscó al muchacho por todas partes, a fin de socorrerle en su desgracia, mas

no le halló por ningún lado. Había resuelto no volver a aquella covacha y se avecindó en los bancos públicos, en los quicios de las iglesias, bajo el sombrero de los mercados o en las desiertas playas al resguardo de una barcaza. Sin duda el vagabundaje era el alimento de su vida. Respiraba a pleno pulmón el aire de una libertad sin límites, recorría los muelles y atarazanas donde los fardos apilados esperan bajar a las bodegas, oía el chirrido de las grúas, las voces de mando, los tañidos de las campanas a bordo, y se mezclaba a la turba del puerto, al marinero, al acarreador, al esportillero, al pasajero de todos los países... Era una agitación que en los puertos del sur tomaba un aire de torre de Babel, mientras el mar, en su quemazón salada, se hacía espesa y verdosa al costado de los navíos. El iba y venía del puerto a la ciudad, de la ciudad a las playas, merodeando las subastas del pescado, ofreciéndose de ayudante al sacamuelas o al vendedor de rifa, arrimando la esportilla a la red y la cazuela a las sobras... A veces le dejaban guardar un bote junto a la escalera del muelle y dormía bajo unos sacos balanceándose en el agua y recibiendo en el rostro la tibia caricia de la luna. Era ya un mozo espigado, de cálida y esbelta figura, un zagalón cuyo tinte de palidez sombreaban los oscuros ojos y los negros y rizosos cabellos. Siempre le daban algo los pescadores, respetuosos con la memoria del padre y llenos de amargas y compasivas prevenciones.

—¡Tenías que trabajar, gandul!

—No soy gandul... Busco mi vida como puedo.

—Ahí tienes pesca y algo de pan, ¡copletero!... Ve a la taberna, de nuestra parte, y di que eres el hijo del difunto Andrés para que te den un vaso de vino... Y no "aportes" por aquí, hasta que no vengas a coger la tralla.

El dictado de gandul y de "copletero", quemábale la sangre, pues Andrés entendía el vagabundaje como una actividad del financiero que anda empleado en multitud de negocios y ofrece a las empresas sus iniciativas.

Para él los pescadores eran “rutinas” y nada podrían esperar de la fortuna que sólo sorprende al que la acecha en los innumerables concursos de la vida múltiple y fascinante. Mas tampoco le interesaba la fortuna sino en forma de ensueño o de milagro.

—Mi padre se hartó de trabajar, ¿para qué? Todos los “pinchapeces” son unos “rutinas”.

Así decía con despectiva jactancia el pobre aprendiz de financiero, mostrando las carnes entre los sucios jirones, hambreado las sobras de los barcos y apurando las colillas del suelo.

III

BIZNAGAS Y ESTRELLAS

Un día fué la esposa de un pescador quien atrajo al zagal a su vivienda humilde en los altos de la Coracha. Había sido la Carmela amiga de su madre y vendedora como ella; juntas vocearon sus respectivas mercancías; la quincallera, sus baratijas; la dulcera sus tortas y sus hojaldres. Eran a veces los alfajores de Coín, los mantecados de Antequera, las tortas de Torremolinos y el arropo de Alozáina... Matizaban el paladar de sus confituras, la canela, el clavo, la metalahuga y el ajonjolí. Vivía entre pitas y chumberas en una casamata del barrio alto desde cuyo altozano se divisaba la Farola y el muelle Viejo con sus faluchos y pesqueros para salir a la mar. La casita era limpia y acicalada, tras ella había un patinillo cavado en la muralla donde la Carmela cuidada sus begonias, sus geranios y alelíos y los jazmineros que trepaban por una red metálica. Carmela fué linda y graciosa con sus cabellos rubios, su piel blanca y sus ojos claros, mas ya había pasado su juventud.

Siempre había colmado de alabanzas a la madre del muchacho.

— ¡Tenía a los hombres como a las moscas sobre el dulce! ¡Y a señoritos principales de “róten” y “chapi-ri” que apaleaban el “casquijo”! Pero a linda salerosa y “honrá” no había quien le alcanzase. La pobrecita era golosa y cuando a veces las dos nos sentábamos en un tranco, me pedía uno de Caparrós, de los de Puerta Nueva... Allí, sentadas, ahora uno, después otro, dábamos fin a los dobladillos. Después se desgañitaba, porque vendía para mí, para pagar los dulces...

Y ahora fijaba los ojos en Andrés:

— No puedo verte “tirao”, Andresillo, buscando metales en el río para los traperos... Escucha, esta temporada vendo flores. Una está a lo que sale. Y ahora que viene el verano, entre el “roneo” en las huertas y lo que en casa se cultiva, se van haciendo biznagas. Estamos, como quien dice, en las vísperas de San Antonio. Con las “velaíllas” y las ferias, vendrá a Málaga mucho señorío y “personal de la manteca”, del que vive fuera, y mucha gente de “chupitira”, y “litrones” de dentro, que mercan y regalan todo lo que se ve por la calle.

La Carmela indicó a Andrés la dirección del patinillo:

— Vete ahí dentro... Te he puesto una artesa, jabón y estropajo. Te metes ahí y te friegas y jabonas como si tú fueses otra persona... Luego verás, al lado, un peine y agua de olor, y sobre una silla una camisa azul, pantalones, y abajo, las alpargatas limpias. Mi Antonio se lo ha conseguido a los otros pescadores, y uno ha puesto la camisa, otro los pantalones y él los “calcos” que son de cáñamo fino. Todos sienten mucho, Andresillo, que el hijo del difunto Andrés, y la no menos difunta Rocío, ande por ahí hecho un perro sarnoso. Después, cuando salgas, limpio como una patena, te daré los avios para que vendas biznagas y entre el “parné” en tu bolsillo.

— ¡Pero, “señá” Carmela!

La buena mujer empujó al muchacho hacia el patinillo.

—¡ No hay más señá Carmela! ¿ Es que nunca te has “bañado”?

—Sí, en el mar.

—¿ No conoces el jabón?

—De oídas, “señá” Carmela.

—¡ La Virgen te ampare! Estarás lleno de miseria.

Ella quedó en tanto aderezando sus flores para vender en el mercado.

Carmela y algunas compañeras acostumbraban a salir al campo, durante algunos amaneceres, para cortar biznagas. Eran esas plantas silvestres, sobremanera humildes, que bordan los campos al llegar la primavera, y se prodigan en los sembrados, a la orilla de las acequias, al pie de las viñas o de los olivos, entre las amapolas fulgurantes, cortejadas por los abejorros y las mariposas. De su largo talle emergen, en forma radial, numerosos pedúnculos que rematan en minúsculas florecitas. El conjunto de ellas es la umbela o quitasol que la designa, a la que llaman los niños “sombrellita” y los campesinos “sombrecito de agua” y, en realidad, la biznaga. En sí, la rústica umbela, muy poco decorativa, nunca sería ornato del búcaro o del tibor, aunque en la grandeza y variedad del campo estuviera en su elemento, allí donde nada desmerece a los ojos del Creador, pero, en cambio, ofrecería su armadura, a modo de sustentáculo, a las ruedas de jazmines. Carmela y sus compañeras despojaban la biznaga de su rústica florecilla, ponían aquélla a secar, igualaban sus radios e iban ensartando, en todos ellos, capullos de jazmín que abrirían sus pétalos a la caída de la tarde, formando un corimbo artificial, como panal de olorosa nieve. Se anunciaba el verano, en la ciudad del sur, con la aparición de las biznagas. Un mozuelo de jersey blanco marinero y tostados brazos desnudos la ofrecería en la pala de chumbera. Surgiría entre dos luces, en la dulce sazón de las horas vespertinas. Clavadas a la penca cerril las biznagas serían como la rueda de

filigrana de un blanco pavo real. Nada tan delicado y fastuoso como la aparición de esa joven figurita alzando sus nevados panales en el oro dulce de la tarde. Y vocearía el florista:

—“¡Biznagas de las que huelen!”

A veces el pregón sería un cántico, y la voz del vendedor, unida a la originalidad de la salmodia, haría famosos a algunos pregoneros.

Desde los umbrales de junio a los de octubre, engalanados con la dalia y el crisantemo, el jazmín sería la íntima y secreta esencia del verano; de su aroma se transirían los huertos de noche y las doncellas vestidas de blanco. Sería como el olor de la juventud o el de la esperanza de los que no aciertan a perderla. Entonaría con todos los aromas, con el de la brea que emanan las redes puestas en la playa, con el de las algas en las marejadas, perfumaría la brisa, la piel morena, los vestidos blancos, exornando los dedos que la prenden con su nívea flámula. La vida de la biznaga sería, no obstante, muy efímera: durante la mañana en capullos rosados, abriríase a la tarde, luciría al crepúsculo en todo su esplendor, y a la noche se mustiaría... Entonces habría de surgir otra dedicación desconcertante de la biznaga: la de ahuyentar a los mosquitos sobre la mesilla de noche. Sería el triste fin de la biznaga, en su órbita fugaz del campo hasta la alcoba.

Quizá si no se tratase de Carmela, la amiga de la madre, a quien Andrés profesaba respeto, se hubiese reído éste de semejante oferta hallando preferible cualquier otro empleo, pero Carmela le recordaba a la quincallera y a veces parecía oír la voz de su madre en su misma voz. Aún existían para Andrés algunas personas “de respeto” y el resto era polilla sobre la que había que escupir. Así pensaba mientras despojado de sus pingos, las plantas en la artesa y el jarro sobre la cabeza, sentía el agua correr sobre su piel.

Acabado el lavatorio, se puso la camisa azul, los pantalones de crudillo, las alpargatas, no sin antes re-

gistrar en los andrajos que allí dejara la jabeguita del pescador, que guardó, cuidadosamente, en su bolsillo. Después metió el peine en la maraña del cabello, cabello húmedo, recio y undoso cuyos indómitos rizos se resistían a despejar su frente. Ante el agua de olor, quedó perplejo.

—¿Tengo que echarme encima ese agua rubia?— preguntó a Carmela.

—Haz lo que te acomode.

Decidió prescindir de aquel extraño líquido, considerando que iba a oler “a raro” y podía correrle la gente.

Cuando apareció ante Carmela, ésta le miró extasiada.

—¡Pero Andresito, hijo, si eres más guapo que el sol! El agua y el jabón son la gracia de Dios. Con los brazos “arremangaos”, la penca de biznaga en “to” lo alto y esa color “melá” con más lustre que un as deoros, te va a comer el mujerío.

Carmela puso sobre la mesa el pan, el vino, la cazuela de papas con almejas y el plato de jureles.

Andrés comió vorazmente... Acodada sobre la mesa, Carmela contemplábase, llena de melancólica alegría, sintiendo en el corazón esas calurosas efusiones de aquellas mujeres cuya pasión maternal no pudo encontrar satisfacción en los mejores años de la vida.

—Yo tendría, así, un mozo como tú. La Virgen del Carmen, a la que puse velas, sabrá por qué no lo tengo.

Andrés se levantó. Carmela puso en sus manos la penca con las biznagas.

—Ahora, apréndete algún pregón y dale garbo a lo que vendes. Vuelve por aquí a la noche; estará mi Antonio que quiere verte, y te podrás recoger en casa.

El muchacho salió de allí, aturdido, experimentaba como un sopor animal en que el calor de la vida joven y vigorosa se mezclaba a la dejadez y a la gratitud. Quiso besar las manos de Carmela, mas la buena mujer le plantó un beso en la cara, y le dijo:

—En la cara, donde se besa a los hijos, Andrés.

Cuando se vió en la calle, flamante, dibujando con sus biznagas un arabesco de perfume, se sintió acometido de timidez.

—¿Qué hago yo ahora? —se preguntaba— ¿A quién le ofrezco esto? ¿Cómo tengo que vocearlo?

En la esquina de los Mártires, fué llamado por dos muchachas. Andrés estaba sofocado.

—¿A cómo, niño?

—A la voluntad.

—Pues, a perrilla...

Entregó sus biznagas a las muchachas, sin atreverse a recoger el dinero.

—¡Toma el “parné”! —dijo una de las mozuelas.

—¡Calla! ¡Si va como “esnortao”! —comentó la otra rompiendo a reír.

—¡Lástima de niño! Tan guapo y jaquetón, y ya majareta.

Algunas personas que él veía con frecuencia (el mozo de una barbería, el limpiabotas del “Inglés”, el sobriño del “Zapatones” el prendero, pasaron junto a él sin reconocerle. Caminaba con aire furtivo, juzgando de su transformación por aquellos efectos, y diciendo entre sí.

—Soy como las almas en pena que andan por el mundo sin que nadie las “camele”.

Valiera más, sin embargo, que hubiera quedado invisible para todos sus conocimientos.

Al salir al Puente, algunos “amigos” de la chusma lo filaron.

—¿No es Andresillo?

—El mismo.

Rompieron a reír a carcajadas.

—Le han “cambiao” el agua.

—¡Di el pregón!

—¿A cómo las biznagas?

La chusma de golfos, pordioseros y randas rodeó a Andresillo organizando una grotesca zarabanda de gritos, visajes y cabriolas.

—Aquí al que se lava la cara le pisan el cuello

—gritó Andrés, enfurecido— ¡Maldita sea vuestra mala sangre, polillas!

El cerco se cerraba cada vez más. Uno le arrebató una biznaga, otro se apoderó de la siguiente... Entonces, Andrés, lanzó la penca a la cabeza del más próximo y deshizo el cerco a pescozones y a coces propinadas con extraordinario vigor... Cruzó el Puente y se metió entre las callejuelas de la Trinidad. De ellas salió a un descampado y se sentó junto a una cerca. Latíanle el corazón y las sienes. Poco a poco fué, sin embargo, tranquilizándose. Brillaban las estrellas en el cielo alto, desnudo, y sobre la cerca, los jazmineros y las damas de noche, exhalaban un aroma lunar.

—Allí arriba están todas las biznagas —dijose Andrés contemplando los astros—. Es lo que pasa cuando uno acaba; se remonta como una cometa y se va a lo alto...

Se sintió aletargado. Empezó a invadirle el sueño, vió en un marco de alegres madre selvas el dulce rostro de Carmela.

—¡Carmela!— dijo antes de dormirse con el más dulce y liberal de los sueños.

Traía la tierra malagueña algo inefable e impalpable, un éter que todo lo envolvía en irisaciones misteriosas. La vida tornábase ligera, perdía exigencias y urgencias, perdía peso. De deudores de la responsabilidad, nos convertía en acreedores de la dicha: nada en ella nos recriminaba y nos pedía cuentas. Varábamos en la cala del Circe donde duerme el olvido bajo los árboles venturosos.

Había una inmanencia curativa en el aire que respirábamos, por lo que todo es eventual y pasajero menos la gracia de Dios derramada sobre las cosas. Si en todas partes la primavera fué la estación de la esperanza, aquí lo era de la consagración de lo existente: el tiempo da la gratitud.

Las nuevas ropas de Andrés volvieron a ser otros andrajos como los que había dejado en casa de Carmela, volvió a su aplomo, a su seguridad, a su aire supe-

rior y a su candoroso cinismo. Los compañeros le trataban con respeto y cordialidad echándose unos a otros la culpa de lo ocurrido.

—Tú ya conoces al “Copla”: Fué una idea suya.

—Sí, y el “Jurelito” y el “Labia” le acompañaron.
¡Lo que pasa siempre!

—Sois todos una polilla— sentenció Andrés.

—Tú también eres una polilla, Andresito.

—Sí, todos somos una polilla.

IV

PIRUETAS BAJO LA QUILLA

Por entonces un gran navío, en ruta a Singapur, hacía en el puerto mediterráneo su breve escala. Centenares de ricos y desocupados turistas formaban el pasaje. Durante algún tiempo se habían divertido arrojando monedas a los muchachos que éstos buscaban buceando y sacaban entre los dientes. Andrés nadaba como un pez, pero no se dignaba seguirlos, considerando a los mozuelos como pobre polilla que se echa al agua por una moneda de cobre. Pasajeros y tripulantes miraban con curiosidad, desde la borda, a los golfillos del puerto: eran gentes del norte, de glaucos ojos y cabellera fulva, que observaban con interés a aquellos niños bronceados de vivas y maliciosas pupilas y pelo rufo de endrina.

Andrés miraba a los chiquillos con aire displicente, a los que iban y venían por la cubierta del barco y al grupo de espectadores de aquellas proezas natatorias. Clavóse su mirada de lince sobre el anillo de oro de una hermosa dama que, acodada en la borda, aplaudía a los muchachos. Le hizo señas para que arrojase el anillo. La dama entendió lo que el muchacho le pedía

y le hizo otras señas negativas y un gracioso mohín de burla.

—¡Por nada!— exclamó Andrés orgullosamente.

Y despojándose de sus guñapos se lanzó al agua junto a la hélice. Sólo unos segundos, la esbelta y do-rada figura se esculpió en el agua de esmeralda para diluirse bajo la quilla. Pasajeros y tripulantes, golfillos y curiosos, presenciaron, sorprendidos, la hazaña. “Pa-sar bajo la quilla” había sido un castigo de la tiránica marinería de antaño, que Andrés iba a convertir en un deporte, mas como el barco se hallaba pegado al dique, no iba a pasar la quilla en dirección transversal (como era el antiguo castigo), sino de popa a proa, irrealiza-ble desatino... Durante algunos instantes, la expecta-ción selló todos los labios, pero Andrés salió al pro-medio del navío lanzando agua por boca y nariz, cu-bierto del légamo y la suciedad de los fondos, en alto la mano victoriosa... Una salva de aplausos acogió la ha-zaña, en el barco, y un enorme griterío, entre los chi-quillos. Sólo algunos oficiales mostraban semblante se-rio, y los guardias y carabineros que habían acudido a aquel lugar, un aire torvo y amenazador. Alguien ten-dió una escala a la otra banda del barco por la que An-drés trepó agotando sus últimas energías. Llegado a bor-do, fué arrebuñado en un capote. Estaba amoratado y con síntomas de asfixia. Bajáronle al botiquín donde se le friccionó vigorosamente y se le hizo la respiración artificial. Se habían congregado en la cámara múlti-ples pasajeros y tripulantes, Andrés reaccionó en se-guida y pidió su ropa para salir de allí a escape. Uno de los oficiales de a bordo hablaba el español.

—¿Por qué has hecho esa locura?

Andrés se encogió de hombros y volvió a pedir su ropa.

Habían encargado a la ropería algunas prendas para él: camisa, pantalones, zapatos...

—¡No, mi ropa, mi ropa!— clamaba Andrés obsti-nadamente.

Un marinero le trajo sus pingos. El oficial se enco-

gió de hombros y cambió con el subordinado unas palabras y una sonrisa. Debió decirle, aproximadamente: “Esta clase de chusma se encuentra bien con su miseria.”

Había sentido Andrés el súbito temor de la pérdida de su jábega, la nave diminuta tallada por la navaja del pescador. Con el tiempo, el “recuerdo de familia” iba haciéndose un amuleto. Se puso sus andrajos y comprobó, en los entresijos del destrozado pantalón, la existencia del juguete. Subió velozmente a la cubierta. Allí estaba la dama del anillo. La miró con gesto desvergonzado y escupió con desprecio. Después deslizóse velozmente por la escala, abrióse paso entre la gente, hurtándose a unos y otros, temeroso de los guardias y los carabineros, y huyó como un gamo

Aquella noche tuvo frío, tembláronle los pies y las manos; después, se arrebataron sus mejillas, brillaron sus ojos y ardió todo su cuerpo; pero a las claras del día cogió su bote y un zoquete de pan duro, y púsose a la cola de un convento a recoger el recuelo cuyo breva je bebió con delicia.

Después tiró hacia el Bulto. Vivían por allí pescadores que, por avecindarse en otra barriada, no habían conocido a la familia de Andrés. Las amistades de familia le importunaban con amonestaciones y monsergas, y él las huía como a obstáculos de su libertad.

A la orilla del mar, las casitas del Bulto eran como esos juguetes que fabrican los niños pobres con latas, cañas y alambres, pero habíalas sonrientes, pintadas de rosa, azul o malva, o deslumbrantes de blancura, con sus ventanas de geranios rojos y clavellinas. La puerta hacía ver la cocina y el vasar, y a una mujer atenta a la humeante cazuela. Otras eran miserables como cochiqueras y de ellas salían niños desnudos a chapotear en los charcos de agua salada y fuerte olor a marisma. Tras la vivienda, se ensanchaba el mar de color añil y el casco de una vieja traíña, o de un pailebote preparado para el desguace, asomaba el trinquete, nido de gaviotas, por cima de las frágiles techumbres. Cerca, una

cruz sobre un pedestal ilustraba la estampa romántica del fusilamiento de Torrijos en un romántico escenario de pescadores. Pero aquella miseria carecía de sordidez, de ese acento de folletín o melodrama que en las grandes ciudades del norte no sólo aflige al mendigo sino que angustia al jornalero y entenebrece al empleado; era una miseria rumbosa a la que el sol y el cielo tejían su mágica vestidura con los hilos invisibles de la falta de necesidad.

Andrés acudía allí porque, a la vera de una casamata, bajo el sombrero de una parra, guardábanle, a veces, una cazuela de pescado. Era un improvisado merendero donde se reunían los pescadores de Huelin y San Andrés. Se jugaba a las cartas, se comía el jurel o la boga ahumados en la retama, bebíase la botella de “pintao” con la caña en el gollete, y alguna guitarra ambulante templaba un fandanguillo.

Paquita, la sobrina del dueño, le hacía cucamonas al muchacho y solía darle alguna golosina; éste había correspondido con unos zarcillos rastreados en el serrín. Era una niña vivaracha con ojos que dardeaban maldades y una velocidad de ardilla en las piernas.

Habían andado juntos, muchas veces, a lo largo de las playas, recogiendo conchas y guijarros. Paquita esquivaba los achuchones del muchacho.

—Si nos ve mi tío, te parte una pierna ¡zángano!

La muchacha le reprochaba:

—¡Pero, hombre, vete con los marengos, engánchate por ahí en la Marina y págate el plato! ¿Vas a estar siempre a las sobras?

—¿Y qué tiene eso para que los dos podamos hablar?

—Que hace falta un poco de “guita” para que haya respeto. Hay que ser alguien. ¡Agárrate a un cajón y limpia zapatos! Si fueras siquiera “limpia” te lloverían los buenos negocios.

—¡Habiendo para comer!...

—Claro que aunque no des golpe no vas a morirte de hambre. No iba a permitirse que un “chavea” fuese a “parmar” por el sólo delito de no estrenarse... Pero ya



tienes edad para dejar el “roneo” y gastar siquiera reloj de cadena.

Aquella mañana Andrés refirió a Paquita la aventura del barco... La muchacha le oía horrorizada.

—¿Para qué hiciste eso?

—Porque aunque tú no lo creas, yo soy alguien, y cuando digo ¡allá va eso!, me tiro al agua de cabeza.

—Pero eso no es de gente que calcula.

—Quise darle en la cabeza a la “gachí” rubia, y hacerle ver que aquí la piel no nos importa y la damos gratis y no por “casquiño”.

—¿Y qué te importaba esa marquesa? ¿O es que te va tirando la “manteca” de fuera?

Andrés afectó un aire superior.

—Nada me importa, pero sé distinguir la calidad.

Paquita llenó de improperios al muchacho. Llamóle zángano, mugriento, buscavidas, zote y molondro, con siderando que perdía el tiempo con tan andrajosa calamidad, mientras la impacientaban aguardándola niños muy caballeros de los que llevan la novia al Pascualini y a escuchar el cante en el Chinitas.

Andrés reía de todo aquello, y se mostraba orgulloso de no ser “rutina” ni polilla y haber heredado el patrimonio del día y de la noche.

V

EL MODELO FUGITIVO

Aquel día fué detenido en la calle por una elegante dama. Una mano blanquísima y enjoyada se posó en su hombro y un semblante de nieve se acercó al suyo tiznado y sucio. Era una mujer de madura edad: a Andrés le pareció la del barco, pues esas figuras del norte, casi irreales, descienden a veces por las escalas de los bu-

ques de pabellón extranjero. Parecía, sin embargo, española, aunque de otras tierras.

—¡ Sonríete! —le ordenó.

El muchacho la contemplaba atónito.

—¡ Sonríete, hombre, sonríete! —volvió a conminarle con jovialidad.

Andrés hizo una mueca indefinible que quiso ser una sonrisa.

—¡ Qué dientes blancos tan perfectos! —dijo la mujer con admiración.

—¡ Es el pan duro! —aseguró el golfillo, soltando una risotada.

Después se le plantó a la señora, y le preguntó:

—¿ Me va usted a vender en la feria y por eso me mira los dientes?

La señora afirmó sin inmutarse:

—No te voy a vender, pero te voy a comprar... Es muy parecido.

—¡ Pues prepare el “parné”, porque yo me vendo muy caro!

—¡ Bah! Creí que no te vendías, hombre... No se debe uno vender por nada.

Andrés se encogió de hombros y siguió a la dama a los chalets de la Caleta, a las lujosas viviendas de los ricos de la ciudad y de los extranjeros, donde hay parques de árboles ornamentales rodeando las villas atildadas y luminosas y verjas recamadas de bouganvillas. Subió una escalinata de mármol, otra escalera que conducía a la planta principal y unos tramos de caracol, hasta llegar a un torreón de grandes ventanales con una claraboya en el techo. Asomábanse las ventanas al parque de pinos, palmeras y araucarias, y por cima de árboles y taludes al tranquilo espejo del mar. En la rotonda del torreón había un lujoso estrado, cómodos sillones, una vitrina con abanicos, joyas antiguas, tabaqueras y porcelanas, y muchos cuadros de distintos tamaños, unos arrinconados y otros dispuestos sobre caballetes y sillas: eran bodegones, floreros, paisajes de mar y de pinos,

bocetos de tabernas y típicas callejuelas y algunos apuntes y desnudos.

—Tu trabajo es bien sencillo: consiste en sentarte donde yo te ordene, en la posición que te diga, durante un par de horas todos los días, hasta que acabe un cuadro.

La pintora colocó al muchacho recibiendo la luz casi en pleno rostro, y le dió una raja de melón.

Andrés se dispuso a darle la dentellada.

—No. ¡Eso no se come! Estarás un gran rato hasta que yo te avise, con la raja de melón, en esta forma: (alzó la mano del muchacho y la raja de melón a la altura de su boca.) Así, como si la estuvieras comiendo.

Comenzó a pintar sobre un lienzo armado en un caballete.

—¡Quieto! ¡No te muevas! ¿Tienes azogue?

Andrés contemplaba a la blanca mujer de ojos azules y cabello dorado y preguntábase si aquella figura sería del mismo material que la suya. Era lo que él llamaba "calidad" cuando explicaba a Paquita el lance de la señora del anillo.

La pintora dió por acabada la primera sesión.

—Mañana, a la misma hora, volverás a ese asiento... Ahora, ¡aguárdame un instante! Voy a por el dinero que has ganado.

Anduvo dando vueltas por el estudio, sorprendiéndose de cuanto veían sus ojos. Contempló el desnudo de una gitana. Pensó que la pintora sería muy distinta de la gitana. Había oído decir a los pescadores que las sirenas eran mujeres rubias con una cola de pez..., y así se representó, sin saber por qué, a la pintora.

Atrájole la vitrina. Estaba entreabierta, con la llave en la cerradura.

—¿Le irían bien esos zarcillos a la Paquita...? ¿Cuánto daría el "Zapatones" por esa sortija? Quizás daría un billete.

Andrés consideraba las riquezas del armario y pasmábase de la vida de los ricos a los que siempre imaginó tumbados en grandes butacones, con los dedos llenos de sortijas y haciéndose lustrar eternamente los zapatos.

Creíalos una fauna distinta a la real, cuyos alimentos habían de ser forzosamente otros que los de las personas corrientes. De niño creyó a cierraosjos que los ricos, como los coches o las máquinas agrícolas, venían en jaulas desde muy lejos, y apenas los desembarcaban se iban apoderando de todo hasta acorralar a los pobres que se morían de hambre... Y ahora recordaba que Elías el "Tuno", individuo que tenía "ideas" y fumaba puros de "a quince", solía afirmar que los millones de los ricos se fabrican con el sudor de los pobres. Nunca entendió las enrevesadas frases de aquel talento, mas en este instante el aforismo le reflejó su situación con una palmaria evidencia: La pintora le había comprado a él, y allí le tendría, sudando muchos días, para fabricar con ese líquido los cuadros que pintaba y las tabaqueras y abanicos que estaba atesorando.

Andrés tuvo un arranque súbito... Se apoderó de la raja de melón, y sin esperar a la pintora corrió escaleras abajo, ganó la puerta y se lanzó a la calle.

Los que confunden en usa sola locución al maleante y al vagabundo, ignoran que la delincuencia es un oficio con su correspondiente beneficio y el vagabundismo lo contrario. Lo uno es una baja moral, lo otro es casi una estética.

VI

EL NAIPE Y EI TALISMAN

La ciudad vieja tenía sus dédalos, sus encrucijadas de estrechas callejuelas que parecían tejerse como complicadas telas de araña. Por ellas transitaban los vendedores, los marineros, los moros de sucia chilaba que habían dado el salto, entre las dos riberas, para vender el café, el tabaco, las drogas o las piezas de seda; los tra-

tantes de la provincia, las vecindonas y las meretrices. De las bodegas y los comercios de granos se exhalaba el fuerte olor del anís, del pan de higos y las salazones. Cerca presentíase el mar en la húmeda y salada frescura que se prendía, como una trepadora, a las desnudas piernas de las mujeres, chapoteando en los charcos de los tenduchos, a los harapos de los mendigos y a la bronceada piel de los chiquillos. Y el sol picaba en lo alto encendiendo la salamandra de los cielos.

Andrés pululaba en aquel barrio de San Juan, hervidero de múltiples industrias, recibiendo a veces un puñado de almendras o de higos secos de una tienda de coloniales o la estampita y la perrilla del Párroco que salía de mañana después de cumplir su ministerio.

Fué en una de aquellas calles, en el tranco de un portalón contiguo a un colmado, donde se sentó aquel día cierto martingalero que invitó a jugar a los transeúntes. Era un maestro consumado en el juego del “ratón”, en los lances de la “carteta”, en todos los trucos y escamoteos del naipe y sus derivados.

—¡Aquí se pasa el rato, señores, se gana dinero y se olvidan las penas!

Ahora el fullero, a quien llamaban el “Divino”, tiró a las “trilis”, sencillo juego de tres cartas que gozaba de gran prestigio y arrastraba numerosos devotos. Tres cartas de distintos palos se ofrecían a la vista del público... Este retenía los tres naipes en la memoria. En seguida los barajaba el tahir, mostrándolos en rápidos entreveros.

—¿Quién juega al as de oros? ¿Quién se lleva diez duros al as de oros?

Un mozalbete, muy decidido, aceptó la invitación.

—¡Conmigo, va! —exclamó poniendo sus manos sobre el pecho como un compromisario de Caspe en el acto de la jura. Y lanzó al tahir el billete con desprecio.

—¡Esa carta! —añadió señalando una de las tres.

El tahir levantó el naipe.

—¡El as de oros! —clamó con grandes voces—. ¡Diez duros ha ganado este caballero!

Y el “Divino” pagó al agraciado, colocando el dinero de la ganancia sobre el de la puesta.

El ganador juzgó necesario seguir.

—¡Ahora veinte al tres de bastos!

Esta vez el joven perdió. Viósele tirar de la cartera con el gesto del “dandy” en la apuesta del caballo favorito.

Ganó, se había repuesto de la pérdida, y se alejaba de allí con aire displicente.

Su intervención hizo el efecto apetecido. Siempre había algún rústico, de paso en la ciudad, que presenciaba el lance, admirado.

Apenas desapareció el mozalbote, éste apostó a una carta. Perdió. Había decretado el “Divino” que ni una sola vez había de ganar su contrario, estimando con sobra de fundamento que al primer envite afortunado desaparecería el ganador.

En unas pocas apuestas, jugando a la dobla, el rústico había perdido lo que llevaba encima.

Uno del público le advirtió:

—Ese tío es un fullero y ha acabado por pelarle.

—¿A mí? —preguntó el palurdo, congestionado.

—A usted. El no pierde nunca.

—¿No le ha ganado antes el muchacho?

Rió el “enterao” de la inocencia del “cateto”.

—Los “ganchos” ganan siempre..., para que usted, a continuación, pierda. Son parte de la empresa.

Andrés estaba en primera fila. Para el hijo del pescador aquello eran altas finanzas que han de representarse siempre en el corral de las grandes comedias.

El palurdo empezó a comprender. Del arrebol pasó a la palidez de la cólera, y enarboló la cayada con punta de regatón.

—¡Maldita sea tu estampa! —rugió enfurecido—. O me devuelves el “parné” o te asesino.

Aquellos desenlaces estaban previstos en la estrategia del “Divino”. Uno de los circunstantes se dirigió al “cateto”.

—Ha perdido usted en un juego legal. Si no le con-

viene, iremos a que se lo expliquen en la Aduana... (En los bajos de la Aduana funcionaba la policía.)

—¿A que no? —preguntó el “enterao” con gesto de desafío.

Y explicó al “cateto” que se había paralizado, con el regatón en alto:

—Ese también *es de la casa*.

Eran los instantes de parlamentaria polémica que necesitaba el “Divino” para alzarse con el santo y la limosna.

Esta vez faltóle tiempo. El “cateto” descargó su bastón sobre el hatillo de los naipes y rodaron las cartas y el dinero. La gallofa se echó sobre los cuartos. El “Divino” se dió a la fuga, ligero como una ardilla. El palurdo empezó a descargar palos de ciego, descalabrando a unos y descotillando a los otros.

Al alboroto surgieron los “guindas” con el chafarote desenvainado, resueltos a pegar de plano. También llegaron dos de la “secreta”. Que la “empresa” había escapado era cosa archisabida, mas como era preciso hacer redada, amarraron a algunos pasmarotes, los de peor vitola, llevándolos en cuerda hacia la “trena”. Andrés cayó en el garlito. Se le ató con otros dos, muñeca con muñeca, y, custodiados por “los del orden”, partieron a expiar sus culpas.

Las gentes compadecían siempre a los presos, calculando la índole de sus delitos y perdonándolos de antemano.

—¡Pobrecitos! ¿A quién habrán “matao” esos infelices? ¡Lo que hace el vino!

—¡Que los suelten! Cualquiera tiene un arrebató y se deja llevar del corazón.

—¡Pero, sin son chorizos! —se oyó decir—. Claro que si hubieran hecho alguna muerte, habría que perdonarlos...

Cuando en la Aduana registraron a Andrés, sólo hallaron, entre sus andrajos, un trozo de pan duro, tres perrillas y la jábega del pescador.

—¿A quién le has dado el dinero?

—¿Qué dinero?

—El que “mangaste”.

—Yo no he “mangao” nunca nada —gritó Andrés, exasperado.

Lo hallado en los bolsillos de Andrés quedó en la mesa del comisario. Aquél pasó al calabozo. Allí encontró alguna gente conocida.

—¿Ya has “pringao”? —le preguntaron—. El que no ha comido este rancho, no sabe nada de hoteles.

Hacía mucho tiempo que no dormía bajo techado, ni entre cuatro paredes. Parecióle el calabozo el más horrible de los males. Siempre sintió la privación de la libertad como una desdicha tan atroz que apenas si acertaba a concebirla.

Cuando bajaron la cazuela de rancho se negó a probar bocado. Aquella noche su imaginación le reflejó toda su vida.

—Lo que ocurre —consideró— es que uno no es nadie... y hay que ser alguien.

Pensó en el pescador, en la quincallera, en Carmela, en Paquita... A esos no los hubieran cogido, porque, aunque pobres, eran alguien. Luego se asombraba, Andrés, de tener orgullo y pensaba que cuando no se es nadie, no se tiene tampoco orgullo, ni se desea dejar de ser lo que no se es. Se metía en cavilaciones muy enrevesadas. Allí entraban y salían gentes de todos los pelajes, se silbaba y se cantaba. Durmióse, al fin, a la madrugada. Tuvo sobresaltos y pesadillas.

A la siguiente mañana, preguntáronle si conocía en la ciudad alguna persona de respeto. El pobre Andrés empezó a devanarse los sesos. Por fin, acudió un nombre a sus labios: el de don Baltasar Ramírez, Canónigo de la Catedral.

—¿Tú conoces a ese señor?—preguntáronle con aire incrédulo.

—Ese señor me puso en la escuela y conocía a mis padres.

—¿No tienes padres?

—No, señor.

Pasó la mañana devorado por una cruel zozobra. ¿Y si don Baltasar se negaba a reconocerle y quedaba allí, para siempre, sin más aire ni más cielo que el que parte en cuadrantes la raja del tragaluz? Pensaba que también los hombres encierran a las fieras y a los pájaros y se divierten contemplando a las aves del cielo en sus desesperados rebotes contra los hierros de la jaula. ¿Pero había recurrido a don Baltasar alguna vez? Siempre le alejó del venerable sacerdote la convicción de que intentaría encerrarle, apenas le encontrase, en algún odio-so internado, e hizo por no hallarle jamás. Justo es que ahora, en situación tan desdichada, se desentendiera de su suerte. Y esa seguridad le hacía retorcerse las manos y mesarse los cabellos.

A mediodía llamaron a Andrés. Este siguió al guardia hasta el despacho del comisario. La faz del comisario no era la misma de la tarde anterior. Ahora parecía más afable, casi sonriente.

—¿Qué hacías tú junto a la timba de ese granuja?

—Mirar... —dijo el muchacho.

—¿No tienes oficio? ¿No trabajas en nada?

—Estoy a lo que sale.

—Pues tu padre sí tenía oficio..., y también tu madre trabajó toda su vida.

¿Es posible que conociera a sus padres aquel fantasma amenazador?

—¡Siéntate!... —ordenó el comisario, señalándole una silla—. Espera ahí un momento.

Y se abismó en unos papelotes, sin hacer de él mucho caso.

Poco después, apareció el propio don Baltasar Ramírez, grave y orondo, con los vivaces y bondadosos ojillos tras los espejuelos de las gafas... El comisario salió del laberinto de sus papeles y se levantó a saludarle. Andrés se lanzó a besarle la mano.

—¿Qué hace aquí este tunante? —preguntó al comisario.

—Dicen que andaba en malos pasos... Yo no lo creo. Aquí no se ha comprobado nada.

El comisario ofreció al señor prebendado una butaca junto a su mesa. Andrés permaneció en pie, al resguardo de su abultada y benéfica figura.

—¡Y cómo había de comprobarse! —exclamó el clé-rigo con voz persuasiva—. Sólo está claro que es un remolón y un zángano.

Don Baltasar tomó del bufete del comisario el barquito de Andrés.

—... Y también está claro que es el hijo de un pescador.

Acaso por primera vez en la vida, los ojos de Andrés se llenaron de lágrimas.

Don Baltasar miró el barquito por todos lados, complaciéndose en los pormenores de la diminuta fábrica. Prosiguió:

—Usted ya entiende lo que es un pescador, señor comisario, y lo que puede ser un niño cuando guarda de su padre esta reliquia de tanta gracia y pureza. Nuestra jábega, ¿sabe usted?, es la nave de Pedro, de Mateo, de Tomás, de Felipe, de Andrés (aquel otro Andrés que además del nombre impuso al padre de Andrés sus mismas zozobras y sufrimientos). El niño, es verdad, ha quedado corto en el trabajo y en lo demás más corto todavía...

Cachazudamente, don Baltasar daba vueltas en sus manos al juguete.

—Vea, señor comisario, cómo se ha cortado y pulimentado esta madera, cómo se ha extraído y ajustado esta quilla, cómo se han casado y alabeado esas cuader-nas, cómo se han encajado los bancos de remeros, la espaldilla y las maniquetas... ¡Y el ojo escrutador en la proa! ¡Y el levero a popa, donde cuelgan los remos de madera de plátano! Luego, sobre el esmalte blanco (ya no es blanco porque el niño ha llevado encima el barquito y está tan pringoso como él) la línea de flotación.

Don Baltasar se incorporó y tomó al muchacho de la mano...

—¡Veremos qué se hace con este tuno! De momento, vendrá a casa... Luego, ¡Dios dirá!

El comisario se alzó de su bufete y tendió el barquito a su dueño.

—¡No te olvides de la jábega!

Cuando ambos desaparecieron, éste pensó que los santos todo lo santifican y no hay mucha razón para creer que el hijo de un pescador haya de ser forzosamente un ángel del cielo, sobre todo si anda entre bribones y carece de todo principio. Tampoco veía muy claro que los pescadores del Palo o de San Andrés fueran venerables apóstoles de Jesús, pues conocía a muchos muy granujas, bebedores y pendencieros, aunque, a decir verdad, muy pocas veces autores de feos delitos de violencia, de resentimiento o de traición.

VII

LA JAULA DORADA

Hallábase la casa de don Baltasar Ramírez en una de las altas callejuelas orientadas hacia el Muelle Viejo. Poseía un amplio portalón y una cancela de hierro, coronada por cuarterola de colores. Abriase la cancela a un patio de pintados guijarros donde crecían una higuera y una palmera, a ambos lados de una fuente seca. Rodeando el patio estaban los corredores de cristales a los que comunicaban las estancias del caserón con sus puertas de cuarterones. La casa se componía de varios apartados: Uno, era la vivienda de don Cristóbal Ramírez, hermano de don Baltasar, muerto ya hacía muchos años: componíanla una gran alcoba, una sala de recibir con espejos, consolas y muebles enfundados y un despacho o bufete con cartas náuticas, un sextante y varios grabados y daguerreotipos. Oficial de corbeta, fué herido en el combate del Callao y contrajo una enfermedad crónica agudizada con los años. Otra vivien-

da era la de los abuelos, un tiempo armadores y comerciantes ricos, cuyos bienes fueron cayendo, poco a poco, en las uñas de acreedores y usureros, judíos y genoveses; aun contenía lujosos muebles en el dormitorio de la señora con cama de cedro del Líbano y palio de rosa bordado en oro; en el espacioso salón con estrados y hermosas lámparas, en la capillita consagrada a la Virgen del Carmen, y en otras dependencias.

La casa pertenecía, por partes iguales, a la viuda del marino y a su hermano el eclesiástico. Mas ni el prebendado ni ella quisieron nunca alterar el orden de aquellas viviendas ni servirse de sus ajuares... Don Baltasar tenía un austero departamento en uno de los ángulos de la casa, y su cuñada y sobrina habitaban al otro extremo. Muy de mañana, provisto de las llaves de la dependencia, entraba don Baltasar en la capilla a decir su primera misa. La sobrina y la cuñada no siempre solían escucharla. Nunca el buen eclesiástico influyó demasiado en aquellas dos mujeres que, aunque acogidas a su tutela y dirección, constituían como un cantón independiente. De otra parte, Elvira, la viuda, era una mujer voluntariosa y altiva, refugiada en sí misma. Su mustia palidez aun conservaba huellas de una belleza delicada en sus ojos grises y melancólicos y en la nerviosa perfección de sus manos. Junto a esa beldad huída, como nostálgica y vaporosa, resaltaba la alegre belleza de Victoria, la hija, juncal y arrebatada, con los ojos llameantes bajo las largas pestañas; la boca, pura y perfecta, de labios encendidos; la tez, de cálamo, todo rocío y claridad. Peinaba el cabello en bandos de azabache y le caía sobre el hombro un rizo de tirabuzones que, a veces, su mano trenzaba y destrenzaba. Solía cortar un clavel de la jardinera del patio que prendía al cabello o al vestido, cuando el traje de calle era sustituido en la casa por la bata de volantes y los zapatos por los chapines.

Ambas parecían compadecer al tío Baltasar, y con su displicencia, la una, y con su vivacidad, la otra, disponían de la casa como legítimas señoras.

—No he visto persona —decía Elvira, quejumbrosamente— más despreocupada que el clérigo.

(En la intimidad, llamaba a su cuñado el clérigo.)

—¡Y el desorden que hay en su cuarto! —completaba la hija—. Una mesa y tres sillas, mal contadas, y aquello es un laberinto.

—No advierten estas personas que se deben a los demás —continuaba Elvira en tono recriminatorio—. Quien entre en el cuarto del clérigo nos culpará a nosotras de su abandono.

Hacia meses que Victoria mantenía relaciones con un joven algo mayor que ella, hijo de familia muy hacendada, que había hecho a la muchacha muchísimos regalos.

—Dios quiera que no se tuerza ese noviazgo —comunicaba Elvira a su cuñado—; es la solución de la muchacha... La niña no ha nacido para pobre, y aunque la veamos de un lado a otro, disponiendo esto y aquello, no sabe hacer nada como no sea ante el espejo. Ahora está la niña hecha una rosa, pero los años pasan, y pobre y sin dote, ¿qué puede esperar de la Humanidad? Paquito Teba es el único varón de su familia, está heredado del padre y sólo tiene dos hermanas. Sabrás que los Teba han invitado a la niña y eso me hace pensar que creen tenemos fortuna.

—¡Pues hay que quitárselo de la cabeza! —sentenció don Baltasar.

—¡Y adiós matrimonio! —exclamó Elvira con sarcasmo—. Sólo pensáis, Baltasar, en vosotros mismos. El día que tú faltes ¿cómo andaremos todos?

—Dios no os dejará de su mano.

—Sí, Dios sobre todo, pero cada uno debe contar con sus piernas.

Y se alejó airada, maldiciendo el egoísmo de su cuñado.

... A esta casa vino a dar con sus huesos el hijo del pescador.

Las horas que transcurrieron en el calabozo habían promovido en Andrés multitud de consideraciones. ¿Sería la vida libre como una cuerda floja a cuyo extremo está la encerrona? También pensaba que quizá se va

a la cárcel por muchas razones, y no sólo por aligerar al prójimo de peso, sino por carecer de peso alguno. Cuando no se es nadie, le pueden a uno ocurrir todas las cosas, aún las más extrañas... Cuando no se es nadie, parece uno a una redoma cuyo cristal se tiñe del líquido que quieran echarle. Hoy dirán de nadie que es un ratero (y nadie será como un ratero); mañana se asemejará a un tahir o a un falsificador.

Consideraciones análogas se habían ido atropellando en la conciencia de Andrés. Muchos han creído también que la sociedad calumnia al que no se obliga a ella, y que es un peligro, como todo placer, la gran delicia de la libertad.

Andrés era muy orgulloso y el impulso de exceder a los demás se había manifestado en él muchas veces, mas no hallando en lo íntimo una aptitud determinada había adoptado formas estúpidas o disparatadas. (Recuérdese el lance de la quilla.) Mas la vida que lo inundaba y estremecía, como al árbol la poderosa luz de los cielos no se le había presentado con faz de meta o de conquista, sino como un obsequio gratuito que inhibe todo esfuerzo y colma de felicidad con sólo sus dones. Siempre se dejó ir y venir como el alga o el légamo en la cima de las olas. La personalidad, después de todo, es la huella que hace en el hombre el choque con la vida y con los otros hombres, porque esos bienes mostrencos, a la disposición de todos, no colman nuestros deseos rapaces y agresivos, continuamente excitados por el vislumbre del botín y de la conquista. Y en los medios hostiles y mecánicos de las ciudades populosas y sombrías que han extirpado de su entraña el árbol, la tierra y el cielo, hasta esos bienes comunales, lamentablemente perdidos, son un objeto de brutal combate, como si cada cual hubiere de amasarse, desde la cuna, el cuerpo y la sangre que lo sustenta.

Don Baltasar Ramírez, agenció al muchacho algunas prendas modestas y decorosas, le proporcionó algunos libros y trató de meterle en la cabeza aquellas primeras letras que abandonó de niño.

Pasmábase el buen sacerdote del estado de naturaleza en que aquel alma se encontraba.

—Tus padres murieron, Andrés... ¿No has ido nunca a llevar unas flores a su tumba, a rezar una oración junto a ellos?

El muchacho callaba.

—Nuestros días están contados. La existencia es un tránsito. Después de nuestra vida la eternidad nos aguarda. ¿Nunca te preguntaste de qué está llena esa eternidad? ¿Nunca te has interrogado si el ser del hombre continúa existiendo, en ese espacio sin orillas, o si todo acaba después del último suspiro? Tus padres están en el cielo y allí te aguardan, Andresillo. Dios ha venido al mundo a salvarnos del aniquilamiento y del infierno... ¿Qué sabes tú de Dios, criatura?

—Dios está en todas partes— dijo Andrés.

—¿Tú lo sientes así? Si así no fuera, todo carecería de sentido. La vida sería una pesadilla dentro de un sueño sin principio ni fin. Pero hay que orarle Andrés, para que nos escuche, para que perdone nuestras culpas, para que no nos olvide en la hora final. ¿Rezaste tú alguna vez? ¿Te enseñó a rezar tu madre?

—Sí, pero no recuerdo.

—Veamos, si entre las muchas oraciones de este breviario —díjole el canónigo, mostrándole un libro de devociones— recuerdas las de tu madre. Y así, orando a Dios, te acordarás del pescador y de la quincallera que has dejado en el olvido.

Así empezó a esforzarse don Baltasar por sembrar en aquel alma los rudimentos de la cultura cuya inicial palabra es el nombre de Dios.

Preparóse al muchacho para hacer la Confesión y la Comunión primera... En tanto el sacerdote hacía los mayores esfuerzos por grabar á su cacumen, resaca al sol y al aire, como el brezo de los campos, las nociones de las cosas que son el sumario elemental de la escuela.

Don Baltasar le condujo al aposento de su hermano y le mostró la brújula, el sextante, la carta náutica...

—Recordarás que quise hacer de ti un oficial de marina...

La ambición de ser alguien le atormentaba al pobre Andrés con inquietudes y torturas que jamás había experimentado. Desesperábale su torpeza, la multiplicidad de enigmas que hallaba por todas partes, a medida que unas pobres nociones le hacían presentir ilimitados campos misteriosos. La magia de las cosas entrevistas o casi vislumbradas se convertía para él en el dolor de la angostura y la incapacidad. A duras penas Andrés había llegado a leer algún libro y a garrapatear algunas frases.

A solas, don Baltasar consideraba:

—El pájaro ha volado ya mucho fuera del nido. Y es tarde para las luces... Sólo valdrá Andresillo para algún trabajo manual. ¡Que sea buen trabajador y buen cristiano! Después de todo, allá arriba no han de juzgarnos por méritos académicos.

Progresivamente don Baltasar había ido cediendo a aquella consideración y haciendo más sencillas y laxas las exigencias al alumno. Poco a poco el alumno iba convirtiéndose en un mandadero, en un servidor de la casa. Había aprendido a comportarse, a escuchar con respeto las palabras de los otros, a adoptar un aire dócil y servicial al recibir una instrucción o una orden. Había asimilado el concepto de jerarquía aceptando para sí, humildemente, la inferior. Hacía los recados de la casa, acompañaba a don Baltasar en su visita a los pobres, a los asilos y a las escuelas, o en sus frecuentes paseatas a las playas o al puerto.

Desde el primer momento la belleza de Victoria le había impresionado y deslumbrado. Cuanto estuviera en la naturaleza se hallaba en los dominios de Andrés y él lo experimentaba y vivía con sensaciones finas y agudas. Aquella torpe complexión, reacia a las ideas, poseía el don de registrar la belleza con una enorme acuidad. Era ese don del nómada y del gitano de ver chispear el ángel frente a la mirada, de engalanarlo y adornarlo con la magia del corazón. Adivinaba la pre-

sencia de la joven, aunque no la mirase, sentía el vuelo de su paso, oía, casi, su mirada, en esa transmutación de los sentidos que son tensos y delicados.

Elvira acogió la presencia de Andrés con aversión y ojeriza; Victoria con una risueña indiferencia.

—Nos mudará de casa ese bribón —decía la madre a la hija—. ¡Flojas son las raterías que aprenden en el arroyo! Un día hace llaves falsas y nos desvalija. El tío Baltasar no aprende nunca y hay que echarse a temblar cuando se siente misionero.

—¡Pobrecillo! —exclamaba Victoria—. A mí me parece un buen muchacho, muy cerrado de mollera, pero bien mandado y servicial... El tío Baltasar lo está preparando para la primera Comunión. ¡Habrá que verle entre los niños con tres palmos sobre el mayor!

Jamás Elvira había respondido al saludo del muchacho. Victoria solía hacerle algún mohín burlesco y hasta algún gesto de familiaridad y simpatía.

Sin embargo, servíanse de él con frecuencia, poníanle los zapatos a la puerta para que los lustrase, le enviaban con paquetes y recados, a una y otra parte, y había de llamar en las habitaciones de Elvira y de Victoria cuando éstas tenían que levantarse a una hora fija.

En los mandados por los barrios tornaba Andrés a encontrarse con sus antiguos compañeros.

—¡Te has hecho un apagavelas! —decíanle—. Te hemos visto con un cura de botones colorados. ¿Vas a hacerte cura tú también?

Andrés no les respondía... Ahora iba limpio, casi atildado, con su camisa blanca y sus pantalones azules, y un reloj cuya cadena se enlazaba al botón del tirante, ese reloj, regalo de don Baltasar, que le servía para llamar a sus amos e ir puntualmente a los recados.

Cierto día halló a Paquita en la Alameda. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que acudiera al tenducho de su tío, a hambrear las sobras de los pescadores. Algo sabía Paquita de las nuevas andanzas de Andrés.

—Ya sé que estás “colocao” en casa de don Baltasar —dijo afectando indiferencia y mirándolo de través—. ¡Quién había de decirte, hijo, que ibas a vestirme un día por los pies!

—¿A vestirme por los pies? —preguntó Andrés, irritado y sorprendido—. No estudio para cura. Estoy en casa de mi protector don Baltasar Ramírez, y le sirvo en lo que puedo.

—¿Con “protectores” tú? De ser libre como un pájaro, has ido a parar a hermano limosnero.

—No sigas por ahí, Paquita... ¿Me vas a pedir cuentas de lo que hago?

—Nada se me da lo que haces —dijo la chiquilla con despecho—, aunque andes detrás de la niña Victoria que es a lo que tú llamas “calidad”.

—A la niña Victoria le hago “mandaos” y le limpio los zapatos. No llego a más...

—¡Pues ya es “disnidá” de hombre! Te prefería libre y volandero, acostándote con la chusma y echándote a la mar por una perrilla. ¡Eras más señor, entonces!

—¿Pero quieres callarte, gangrena?

—Si yo me callo, otros hablarán— prosiguió la venenosa chiquilla—. Esa marquesa de “chupitira” anda “esnortá” por Paquito Teba, el bala peor que hay en toda la “manteca” de España; donde lo ves va por ahí gastándose la hijuela del padre con hembras “jaquetonas” y atropellando al clero, a la “bofia” y a todo el que es prudente y distingue.

—¿Y a mí qué demonio me importa ese cuento de vecindonas?—gritó Andrés enfurecido—. ¡Paquita, déjame en paz, y vete al guano!

—¿Me decías eso cuando te quitaba el hambre, zán-gano?

La injuriosa frase hizo mella en el corazón del muchacho.

—La envidia te come ¡maldita sea tu estampa!

Paquita rompió a llorar y se alejó de Andrés mezclando los insultos con las lágrimas.

—Algún día me buscarás para comer caliente y te daré con la puerta en los hocicos.

Andrés salió herido de aquel diálogo con la impresión de ser el perro ratonero en la casa de su guardián. Continuaba sin ser nadie, pero Paquita aseguraba que había perdido ahora su dignidad.

Apretó el paso hacia la casa de sus amos; al meter la mano en el bolsillo, halló el reloj cuya cadena había asegurado al tirante, y experimentó la impresión de un humillante bienestar.

VIII

LA DAMA Y EL PEON

Algunas tardes, de vuelta a la casa, hallaba al novio de Victoria, paseándole la calle; le profesaba una antipatía mezclada de temor. Era un mozo guapo y estimado, de lustroso cabello, con aires de gran superioridad y una impertinente burla en los ojos. Lucía clavel en el ojal y hacía gracias y molinetes con una caña de Malacá... Adoptaba a veces el aire preocupado y distraído del financiero que prepara algunas de sus altas y comprometidas jugadas.

—Don Paquito cavila alguna “charraná”—se murmuraba en el ejército de cocheros, gitanos y limpiabotas que constituían su séquito.

En ocasiones venía algo bebido, haciéndose aire con el pañuelo y esparciendo en torno una singular esencia que al hijo del pescador casi le hacía estornudar. Siempre le infundieron respeto los presuntuosos y agresivos señoritos que a la puerta del café o del casino se lustran los zapatos, disparando pretenciosos requiebros a las mujeres que pasan.

Las visitas de Teba a casa de su novia no eran del

todo asiduas. Multitud de incidentes e imprevistos acontecimientos alteraban su regularidad. Andrés advertía que todos aquellos lances se reflejaban en el humor de Victoria. Esta iba y venía por la casa con el rostro sombrío y entristecido, como el trozo de cielo oculto bajo una nube de tormenta. Otras veces brillaba el sol en el cielo sereno y limpio.

Elvira conocía, en parte, y disculpaba las trapisondas del novio de su hija.

—Ahora la corre. Está en la edad de divertirse. Así irá al matrimonio con la cabeza sentada y será un marido ejemplar.

No convencían a Victoria estas explicaciones de su madre y la muchacha sufría y se irritaba, mas al aparecer Paquito Teba una súbita felicidad le hacía olvidar censuras y recriminaciones.

Muchos de aquellos comentarios se hacían sin recatarse de Andrés, pues, para Elvira, el criado no era más que un perro de la casa, y cuando Victoria hacía señas a su madre, ésta se encogía de hombros y aseguraba:

—Puedes estar descuidada: es como si fuera un manzanillo.

A juicio de Victoria, su madre se equivocaba. Andrés era vivo y despierto para muchas cosas, mas como, después de todo, la presencia de un testigo de sus culpas y desazones, más que pesadumbre podía ser alivio y descargo de su expansivo ánimo, acabó por adoptar, sin recato, aquella fortuita presencia, y muchas veces por desecharla.

Insensiblemente llegó a buscarle, ansiosa de confidencias.

—Andresillo, si tú fueras mujer ¿qué harías para meter en cintura a un truhán como mi novio?

Las manos de Victoria se habían puesto familiarmente en sus hombros, sus ojos se habían clavado a sus ojos. Toda ella estaba al alcance de sus brazos, como una dicha que respira y vive a nuestro lado.



Andrés sintió el engreimiento de aquella graciosa confianza.

—Yo le daría con la puerta en las narices. Le haría ver que valgo más que él, que tengo los novios como las moscas en el dulce, y para demostrárselo me pondría a hablar con otro muchacho.

—¿Eso harías tú si fueses mujer?

—Sí, y entonces él vendría a tirarse a mis pies y a pedir mi mano.

Victoria se echó a reír alegremente del desparpajo del muchacho... Hallábase despierto, simpático y, sobre todo muy espigado y muy guapo.

—Es lástima, hijo mío, que seas tan buen mozo y resultes luego una calamidad en el estudio.

Victoria confiaba a Andrés las esquelas que había de llevar a Teba, y a su vez recogía la de éste para su novia. El pretexto de los negocios y ocupaciones justificaba las ausencias de Teba al salón de la Alameda, con sus hermanas, donde Victoria se les unía, o a la ventana de la novia en el viejo caserón del canónigo. De ordinario no se encontraba el joven en su casa, por más que en los bajos de la vivienda, donde se hallaba el escritorio de la firma Teba y hermanos, siempre le estaban esperando. Andrés sabía entonces que don Paquito estaba en el colmado H., y de cierta hora en adelante paraba en la venta R., donde había jarana, vino, guitarristas y "bailaoras". Al parecer era Teba el centro de atracción de una sociedad de mozuelos dispendiosos y troneras que reconocían en él la superioridad del dinero y la bravuconería.

Pese a todo Andrés entregaba la carta en manos del destinatario, estuviese donde estuviese, y esperaba la respuesta.

—Es que la carta espera contestación.

Se movía en torno a la carta una atmósfera de intriga y cuchufleta. Uno de los circunstantes decíale a Andrés:

—¡Siéntate y que te sirvan una copa! Y si quieres,

además, una buena compañía ; que te la sirvan también !

Paco Teba intervenía con jactancia :

— ¡ Cá ! De eso, éste nada... Se prepara de sacristán...

Y si llega a saber don Baltasar que anda en estos pasos le parte una vela en la cabeza.

Los circunstantes reían a carcajadas. A Andrés se le iba el color del semblante y mordíase los labios hasta hacerse sangre.

Teba abría la carta.

— Di a la señorita que mañana le esperan en casa mis hermanas, y allí iré yo a reunirme con ella.

Buscaba unas monedas en el fondo del pantalón para dárselas a Andrés, mas éste las rechazaba.

Andrés salía de allí enfurecido, confuso y apenado. Y de estos sentimientos prevalecía la tristeza que le inspiraba el desacato a una beldad como Victoria para la que él hubiese recogido votos y sufragios en todas partes.

Sin duda esa belleza había impresionado a Teba en las primeras semanas del noviazgo. Cerca de ella encontraba el sedante a un estado de continua inquietud, mas también hallaba el aburrimiento, el deseo de evadirse de los espontáneos lazos a que se había sometido, no obstante comprender el beneficio que hacían a su reputación, y a las relaciones familiares, las honestas y asiduas con una muchacha respetable.

Y aquel estado de continua inquietud, disimulado siempre bajo una sonrisa de jactancia, se había exacerbado aquellos días por un incidente grave que debe referirse. Cierta amigote de Teba había invitado a éste a visitar una finca suya en las cercanías de la ciudad. El cortijo y las tierras de labor se hallaban arrendados a un hombre que habiendo corrido la sierra en su juventud, como bandido o contrabandista, según las circunstancias, y habiendo dado con sus huesos en la cárcel, se presentó al juez que falló su causa, una vez extinguida la condena, y le habló de esta manera :

— Quizá usía no me reconozca: soy Miguel el "Se-

ñales” y vengo a pedirle me mande otra vez a presidio.

El juez le miró con curiosidad.

—Dime qué has hecho, desde tu salida de la cárcel, y de acuerdo con tus nuevos méritos, veremos si hay alguna plaza disponible— díjole éste con buen humor.

—Me he “jartao” de tener hambre, señor juez, y para pasar hambre, prefiero volver “al banasto”.

El juez contempló a su interlocutor, unos momentos más, y al fin quedó un rato pensativo.

—¿Sabes trabajar en el campo?

—Yo, señor juez, no he sido hijo de ladrones. Mis padres trabajaron en el campo y yo los ayudé hasta que me eché al monte. ¡Ya sabe usted lo que son las amistades! ¡Y sobre todo cuando hay faldas por medio!

Miguel el “Señales” pasó a ser colono y aparcerero del juez que en otro tiempo lo había sentenciado... Aún estaba en buena edad y pudo hacer un hogar y una familia, al amparo de aquel protector generoso. El “Señales” tuvo dos hijas de su matrimonio y enviudó muy pronto. Siempre correspondió a su bienhechor con lealtad y gratitud. Mas el juez murió y el cortijo y las tierras fueron a manos de un acreedor testamentario. El “Señales” y su familia pasaron a depender de otro dueño.

Teba escuchó esta historia de labios de su amigo. El comprador del cortijo había sido su padre, quien estaba resuelto a despedir a aquel colono para llevar a la casa a un labrador de su confianza. Todavía el “Señales” no había sido avisado de los propósitos del nuevo dueño, si bien desde que murió su protector y amigo los más tristes presentimientos habían ido ensombreciendo su humor y apesadumbrando su ánimo.

Mientras caminaban hacia el cortijo, Octavio, el amigo de Teba, que sólo pensaba en la belleza de Ana e Isabelita, las dos hijas del “Señales”, decíale a su amigo:

—Yo tendría siempre a ese hombre ahí por no perder de vista a las niñas.

Teba se encogió de hombros. Octavio insistió.

—No son asunto fácil. Una de ellas tiene novio. Están muy vigiladas por el padre que no es ningún manso cordero.

Teba se echó a reír.

—¿Hay un poco de “jindama” al “Señales”?

Octavio sabía que aquella tarde, Miguel estaba en la ciudad y que la ocasión protegía determinados planes.

Sin duda los desalmados llevaron adelante sus propósitos. Pero Teba, que deseó ver a su amigo al día siguiente, no pudo hallarlo en parte alguna. Seis días después, el mar arrojaba a las playas un cadáver que no pudo ser identificado.

Tales acontecimientos habían aumentado la inquietud habitual de Teba, siempre arropado en su cinismo y en su jactancia.

... Cuando Andrés regresaba a casa de don Baltasar, preguntábase Victoria:

—¿Dónde encontraste al señorito Paco?

—En su casa, muy ocupado— decía el pobre Andrés que nunca quiso ser un mensajero de la desgracia.

—¿De verdad?— preguntaba Victoria, pensativa.

—Allí estaba, señorita... y dijo que no saldría en toda la tarde.

Victoria se resignaba a quedar en casa y a conversar con el muchacho.

IX

EL IDILIO A DISTANCIA

Victoria manifestó el deseo, una de aquellas tardes, de ver la nueva habitación de Andrés, pues habíase trasladado el aposento del muchacho, de un oscuro camaranchón medio almacén de trastos viejos, al torreón del último piso con su ventana de ajimez, que asomaba

por cima de otros edificios a la aduana y al puerto. Un rayo de sol poniente, anaranjado y tibio, se quebraba en la columnilla del arco, bañando la estancia de una rosada claridad. Todo en aquella pieza estaba ordenado y limpio, y sobre un cofre cerrado, que hacía las veces de mesa de noche, Andrés había puesto el libro de la doctrina que estaba estudiando, una vela en su palmaria y el barquito de juguete que siempre le acompañaba.

Victoria se fijó en el barquito.

—¿Ese ha sido siempre tu juguete, Andresillo?

E imitó burlescamente el mohín de las niñas voluntariosas cuando expresan un capricho.

—¿Por qué no me lo regalas?

—Señorita, es un recuerdo de familia.

Y él se fijó, a su vez, en una cadenita de oro cuya medalla ocultaba la muchacha en el seno.

—¿Y usted por qué no me regala esa medalla? Voy a hacer la Primera Comunión y no tengo una medalla.

—Está bendita, hijo; es de la Patrona de Málaga y fué regalo de mi padrino.

—Pues bien, señorita —dijo Andrés—, usted con su medalla y yo con mi barco.

Victoria echó sus manos tras la cabeza, abrió el broche, quitóse la medalla, la besó repetidamente y dióselo a Andrés.

—Ahí tienes la medalla; es mi regalo... Pero no hace falta que la enseñes por ahí. Estas cosas no son collares ni sortijas que hayan de lucirse.

Victoria descubrió el cuello de Andrés, la morena y torneada garganta del muchacho, y púsole la medalla con el aire del misionero al catecúmeno.

Andrés permaneció suspenso creyendo que aquello le costaría el pequeño talismán de la jábega.

—No, hijo —aseguró Victoria—; las dos cosas son para tí, y la medalla un recuerdo mío.

Victoria se volvía cada vez más expansiva y habladora. A decir verdad, aquel ex vagabundo tan entregado, por gratitud, a su tío Baltasar y al resto de la familia,

le inspiraba esa curiosidad que produce en las muchachas el alma incipiente del hombre cuando es libre y virgen y son imprevisibles sus reacciones y desconocidos sus afectos. Y no menos le llenaba de interés la transformación que veía en él manifestarse.

Aquella tarde un nuevo pretexto de Teba retenía a Victoria en la casa. Y entonces era Andrés como un agradable pasatiempo.

—¿Cómo se está en la calle, Andresillo? Y cuando le coge a uno la noche y se dispone a dormir al raso, ¿en qué se piensa entonces?

—Piensa uno —respondió Andrés sin vacilar— que es el amo del mundo, que las estrellas están en lo alto para alumbrarle y velar su sueño. Parece que la vida no tiene fin ni principio y le pertenece a uno. Pero casi siempre se está despierto toda la noche y se duerme con las claras del día o cuando empieza el sol a calentar.

—¿No te asustó nunca la soledad?

—Nunca me asustó nada, señorita... El que no tiene nada, ¿de qué se va a asustar?

—¿Y qué deseabas? ¿Nunca deseabas nada?

—Por la mañana, comer... Pero siempre comía. Nunca me faltó qué comer. Era como un milagro todos los días.

—¿Le rezabas tú a Dios, Andrés?

—Le hablaba.

—Sin duda por eso no tenías miedo; porque El estaba contigo.

—Sólo he temido a perder la libertad..., como ocurrió. Creí que me ahogaba en aquella prisión. Y ahora estoy libre, gracias a don Baltasar.

—¡Bah! Hubieses estado libre antes o después, porque nada habías hecho y no tenías por qué estar encerrado.

Andrés exclamó con aire de suficiencia:

—Le encierran a uno, señorita, porque uno no es nadie, y tanto da atarle como echarle a la calle.

Guardaron silencio unos momentos. A Victoria le divertía y le intrigaba el cinismo candoroso del mucha-

cho... y se resistía a creer en la inocencia del arroyo.

—¿No te has echado nunca novia, Andresillo?

—Algunas me buscaban.

—¿Ellas te buscaban a ti? ¿Y tú a ellas?

—Yo a ellas no.

—¿No te atraían las muchachas?

—Las que me buscaban, no; las que yo veía alguna vez y luego recordaba e imaginaba, sí..., pero yo no era nada al lado de ellas.

—¿Qué eran entonces? ¿Princesas?

Andrés miró a Victoria con aire absorto y tranquilo.

—Eran algo así como usted. ¿Pero quién se acercaba “destrozo” y lleno de mugre a una mujer así? Y ahora que no soy un mendigo, sino un recadero, y estoy limpio y con buena ropa, tampoco me acercaría nunca. Hay mucha distancia entre una señora como usted y un muchacho como yo. Porque yo, señorita, no soy nadie. Aunque, naturalmente, me guste la “calidad”. Entonces uno pone su orgullo en no desear lo que no va a ser para uno, ¿me entiende usted? Y aunque se consiguiera, estaría uno siempre por debajo de lo que ha logrado, ¡y eso tampoco!

Victoria quedó un tanto desconcertada.

—Andresillo, hijo mío, no sé lo que decirte. Y ahora añadiré que me asombra todo lo que sabes.

—Yo sería capaz, señorita, de hacer cualquier cosa, el mayor disparate del mundo, por servirla a usted. Hay quien logra hacerse médico, arzobispo o capitán de barco. Yo sólo puedo hacer tonterías o locuras; es decir, disparates, pero unos disparates míos, mejores que los disparates de los demás, y, sobre todo, mucho mayores.

Andrés afirmó esto con gran convicción y resolución. Victoria le oía conmovida y recreábase, de verdad, en aquel rostro animadísimo, en aquella gentil figura que parecía luchar contra todas las fuerzas negativas de su azarosa vida para alcanzar un puesto singular entre la espesa turba humana. Y sentíase, en el fondo, enternecida por aquel niño, al propio tiempo humilde y altivo. Era un sentimiento maternal, y también esa atracción

al hombre, como fuerza graciosa y natural, muy propia del corazón de la andaluza.

Victoria tomó las manos del muchacho y las puso entre las suyas.

—¿Sabes, hijo, que llevamos hablando mucho tiempo y me he olvidado de que esta tarde... estaba sola?

—Yo quisiera estar a su lado toda mi vida, pero usted, señorita, se irá un día, y yo también me iré, Dios sabe cuándo.

—¿Que me iré yo, Andrés? ¿Dónde?

—Con don Paquito... Si Dios no lo remedia.

Victoria rompió a reír nueva vez, soltando las manos del muchacho.

—Eres, Andresillo, el mismo diablo. Y en vez de recibir lecciones del tío Baltasar, tú nos las puedes dar a todos.

X

LA HAZAÑA DE NADIE

Días después Andrés fué a buscar a Teba. Iba de parte de doña Elvira a invitarle a almorzar en la casa. La invitación se había llevado a cabo con cierta resistencia de don Baltasar, a quien Teba no le parecía trigo limpio, y celebrábase al día siguiente.

Dijéronle a Andrés que Teba se hallaba en un merendero de la Caleta, almorzando con un amigo y dos mujeres.

A unos cien pasos del indicado local un individuo le salió al encuentro y le puso una mano sobre el hombro. Era alto, más alto que Andrés, de rostro curtido y ceniceño, señalado por una cicatriz que de la oreja le bajaba a la comisura de la boca. Tenía anchos hombros y espaldas; bajo el sombrero de catite, echado hacia atrás, brillaba una mirada serena y fría.

—¿Tú eres el niño de casa de don Baltasar?

Andrés se volvió al hombre que le interpelaba.

—Sí, señor; estoy en casa de don Baltasar.

—¿Tú eres el que lleva “mandaitos” de la niña Victoria a Paco Teba?

Ni la sorpresa del encuentro ni el aire amenazador del sujeto evitaron que Andrés exteriorizase la molestia de la pregunta.

—¿A usted le importa mucho? —preguntó con acritud.

—Me importa, niño —dijo el individuo con parsimonia y con firmeza—; ya que vas a verle, yo te acompaño hasta la puerta, y le dices de mi parte que fuera hay un hombre dispuesto a partirle el corazón.

Andrés se quedó atónito. Mas reaccionó en seguida, e interrogó al hombre con firmeza:

—¿No hay otra persona que vaya con ese cuento?

—Escucha: Ahora no es momento de buscar otros padrinos... Tú estás ahí y me basta. ¡Le dices que salga cuanto antes!

Andrés quedó impresionado por el acento del sujeto, cuya orden imperiosa no era fácil desacatar.

—¿Quién le digo que le espera?

—No hay que dar nombres. Dile que es uno que viene a por él. En cuanto se lo digas, ya sabe de quién se trata. ¡Ah!, añade que no intente huir o llamar a la “bofia” para que medie en el asunto, porque entonces lo cazaré donde lo encuentre, sin esperar a que se defienda.

Expresadas con una lenta frialdad, estas palabras aturdieron un tanto a Andrés. No obstante, hizo un esfuerzo para sacar algo de aquel hombre.

—¿Y esto no puede arreglarse de otra manera?

—Sí —dijo el hombre con desprecio—; otros arreglan esto con “parné”.

—Pues don Paquito tiene una “guita” muy larga...

El individuo hizo un gesto de impaciencia. Se hallaba junto a la puerta del merendero.

—¡Dile que salga! Aquí le espero.

Andrés entró en el establecimiento. Paquito Teba y su amigo almorzaban en un pequeño jardín debajo de un emparrado. Entre los pámpanos de la parra se filtraba el mar, que iba a morir a la playa de pescadores.

Ciertamente, la visita de Andrés importunaba a Teba en esta ocasión más que en otras muchas. Tampoco a las dos mujeres les cayó en gracia la visita.

—¿Quién te ha mandado pasar? —gritó Teba furioso— ¡Estoy harto de tus visitas, de tus mensajes, majadero! ¿Cómo diablos te las compones para seguirme los pasos? ¿Eres un sabueso? ¿Me sigues por el olfato?

Mediaron el amigo y las mujeres para moderar la cólera de Teba.

—¿Me traes otra cartita? —continuó Teba con sarcasmo— ¡Esta última te la tragas!; no contesto a más cartitas... Iré por allí cuando pueda o cuando quiera. O no iré, ¿te estás enterando?

El amigo de Teba buscó en el bolsillo unas monedas para Andrés... Teba le volvió la espalda y se llenó una copa de vino.

—Traigo también otro “mandao” —dijo Andrés sin hacer intención de irse.

—¿Otro mandado? ¡Nos vas a majar con tus mandados! —dijo Teba, volviéndose hacia Andrés.

—Sí, señor... Ahí fuera hay un hombre esperándole.

—¡Un hombre! ¿Qué quiere ese hombre?

—Que salga usted en seguida —dijo Andrés con firmeza—. Dice que viene a partirle el corazón, y quiere que usted se defienda, pues no quiere cazarle como a un conejo.

Los circunstantes enmudecieron. Teba, intensamente pálido, se alzó de su asiento.

—¿Quién es ese individuo? —pudo, al fin, preguntar.

—Es un hombre alto —dijo Andrés—, con una cicatriz en la cara.

Había comprendido inmediatamente. Se rehizo con una forzada sonrisa.

—¡Hazle que entre! —dijo a Andrés—. A lo mejor,

una copa de vino le hace cambiar de propósito y me deja seguir viviendo.

Volvióse a las mujeres, ya alborotadas, y señalándoles la puerta de acceso a la playa, les ordenó:

—¡Salid por ahí y avisad a la guardia del primer puesto!

Teba explicó a su compañero:

—Es un licenciado de presidio... Viene, seguramente, por dinero.

Andrés, que no se había movido de su sitio, aseguró:

—Ese hombre no entra. Quiere que salga usted.

—No estoy acostumbrado a recibir órdenes. ¡Que entre, si quiere, o que se vaya!

El amigo de Teba era hombre pacífico y muy enemigo de las trifulcas. Terció en el asunto.

—Voy a ir yo. Hablaré con ese sujeto y todo quedará arreglado.

Salió a la calle. Las mujeres habían ya desaparecido, resueltas a buscar a la policía.

—¡Marcha tú también!— indicóle Teba al muchacho—. Aquí estás estorbando.

Pero Andrés permaneció en el mismo lugar, lleno de expectación y curiosidad por aquel lance imprevisto, y vió que Teba vaciaba varias copas de la bebida blanca de una botella y montaba la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón.

El amigo de Teba se acercó al desconocido. Allí estaba el retador sujeto, esperando con calma la aparición de su enemigo. Torció el gesto al ver aparecer un emisario, y aun más cuando éste le expresó en un tono de afectada ligereza:

—Paco Teba le espera y le invita a unas copas de vino. ¡Véngase con nosotros! Ahí dentro se arreglan todos los asuntos.

Miguel "el Señales", que no era otro el sujeto de la cicatriz, lanzó una mirada fría y desdeñosa sobre la persona que le hablaba.

—¿Usted quién es?

El amigo de Teba empezó a alterarse:

—Hombre..., yo... —balbució— soy un amigo de Paco Teba y de usted.

—No puede ser. Si es amigo de Paco Teba, no puede ser amigo mío. Pero —añadió con tranquilidad—, ¡no perdamos el tiempo! ¡Márchese usted! Aquí está usted sobrando.

El amigo de Teba no se lo hizo rogar. Pensó que, a fin de cuentas, no le importaba demasiado que estranguásen a su amigo, y que estas situaciones son engorrosas hasta para el más desligado de los espectadores. Marchó de allí a buen paso, no sin volver de cuando en cuando la cabeza.

Miguel entró en el merendero. Había llenado Teba dos copas de vino y se levantó para ofrecerle una al "Señales". Apenas éste había avanzado unos pasos, Teba disparó el arma oculta en su bolsillo y la bala rozó el ala del sombrero de Miguel, atravesando el techado de cañizo y perdiéndose en el mar. Entonces, Miguel se lanzó sobre su enemigo, sacóle el arma del bolsillo antes de que pudiese hacer otro disparo, la arrojó a la playa y, dando con él en tierra, le puso una rodilla sobre el pecho y sacó la faca del cinto.

—¡Reza un Credo, charrán! —conminó al adversario acogotado.

Andrés vió que el arma iba a degollar a Teba, sin que éste pudiera resistirse, pues las manos las tenía a la espalda y la rodilla de Miguel, oprimiéndole el pecho, le impedía todo movimiento. De un salto súbito se puso a las espaldas del "Señales", arrodillado sobre Teba, y le asió vigorosamente los brazos. Miguel no esperaba este ataque del niño de don Baltasar.

—¡Ah, tú también! —gritó, enfurecido, el "Señales"— ¿Defiendes a este canalla?

Miguel se volvió hacia Andrés, y de un violento empujón deshizo el lazo que lo trababa y arrojó a éste sobre la mesa, con gran estrépito de cristales y vajillas

rotas; mas éste se rehizo, lanzándose nuevamente sobre Miguel, resuelto a arrebatarle el cuchillo.

Animaba a Andrés el júbilo de realizar algo grande —algún disparate, como él decía—, y contaba para su hazaña con un absoluto desprecio de la vida. Fué el instante que el magullado y despavorido Teba aprovechó para incorporarse y huir, renqueando, hacia la playa.

No era fácil inmovilizar esta vez el brazo armado de Miguel; consiguió Andrés aferrar su muñeca, mas no sin que la punta de la faca hiciera una profunda incisión bajo su hombro izquierdo. Andrés cayó bañado en sangre. El “Señales” tiró el cuchillo al suelo; después, desesperado, comprobó que había escapado su enemigo, por el que hubiera a satisfacción pasado en el presidio el resto de su vida, y caía en su lugar un muchacho infeliz (verdad que con algo de tigre en las garras) por la fatalidad de intervenir en aquel duelo, que tan poco le incumbía.

La escena se había desarrollado en unos segundos. Pronto un gran gentío invadió aquel lugar. Miguel se entregó a la Policía. Andrés fué recogido medio exánime.

XI

LA TELA DE JUICIO

Durante aquellas semanas Elvira y Victoria habían asistido puntualmente, sin faltar un solo día, a la misa de don Baltasar, en la capilla de la casa. Acabada la ceremonia, se reunían a desayunar en una saleta muy próxima a la capilla y contigua al apartado de la abuela. La cuarterola de colores de una ventana daba a la luz de la saleta diversas tonalidades que dividían en zonas aquel pequeño aposento. Al corresponderle a Victoria un cristalino rayo malva, parecía tocada de esa pálida

luz lunar que tanto aman los poetas y que hacía su faz más abismada y pensativa. Tocábale a don Baltasar el rayo naranja, iluminándole con un fuego apostólico, y a Elvira el rayo amarillo, dándole un baño de ictericia.

—¿Cómo ha pasado Andrés la noche?

—¡Bah! —dijo Elvira—. La fiebre casi ha desaparecido. Ya oíste al médico: está fuera de peligro.

—Andrés fuera de peligro —dijo el canónigo—, y Paquito Teba fuera de la circulación... por ahora.

—Dices bien —aseguró Elvira—; ¡por ahora! No va a dejar sus asuntos abandonados por miedo a los juicios venenosos de los que envidian su posición y su fortuna.

—¿Sus asuntos? ¿A qué asuntos te refieres?—interrogó don Baltasar con sorna—. Más valiera que los abandonase de una vez

Victoria se levantó de su asiento. La conversación era penosa para ella.

—Voy al cuarto de Andrés —dijo—. ¡Hay que llevarle su alimento!

—Para Victoria —dijo don Baltasar, señalando la puerta por donde había desaparecido la muchacha—, ¡qué desengaño!

—No sé por qué —aseguró Elvira—; nos hacemos ahora los sorprendidos... De sobra conocíamos la conducta de Teba.

—Algo había llegado a mis oídos —dijo don Baltasar, poniendo sus manos sobre el pecho—, pero lo que yo escuché, sin prestar mucha atención, no revelaba la índole de su conducta. De conocer yo su conducta, querida hermana, Paco Teba no pone los pies en esta casa. También estoy seguro de que Victoria hubiese rechazado su presencia.

—¡Bah, hermano!... Sin duda conoces mucha Teología, pero del corazón humano sabes poco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no por conocer su conducta, Victoria hubiese dejado de querer a su novio...; se quiere a pesar de todo y sobre todo.

—Pero a veces una niña que es pura de corazón y

ama, por una inclinación natural, lo que hay de bello y de elevado en la vida, retrocede ante un depravado.

Elvira se encogió de hombros.

—No sé si eso ocurrirá alguna vez, pero sí sé que Victoria sufre extraordinariamente y sigue queriendo a Teba.

Don Baltasar reflexionó unos instantes.

—¿Está ella bien informada de todo lo ocurrido?

—Igual que tú y que yo, Baltasar... Han sido sucesos bien públicos. Después, el bandido aquel, el "Señales", declaró en el juzgado cuanto había ocurrido. Las declaraciones de ese sujeto han coincidido con las de los testigos, y los periódicos lo han reproducido todo y han hecho historia del lance. Por cierto que recaen en el "Señales" las sospechas de otro crimen... Probablemente ha sido él quien ha hecho perecer ahogado a un amigo de Teba. Debíó haberse disimulado el asunto, pero hay quien goza ventilando esos trapos, en vez de echarlos a la colada.

—Entonces, si está Victoria informada, sabrá que su novio era un alcohólico, un libertino, un traidor y algo más que ninguna mujer ha perdonado nunca a un hombre

—¿Algo más, Baltasar?

—Sí, un cobarde... Un niño le salva la vida y deja a éste, inerme, luchando a brazo partido con su agresor para huir villanamente y ponerse a salvo. La vileza de Teba ha dejado en Andrés su huella: la herida que ha puesto en peligro su existencia.

—Victoria no se ha apartado un instante del lado de Andrés, velándole noche y día... Y ni una hermana hubiese hecho más por un hermano, ni una madre por su hijo.

—Ni Victoria ni nosotros hicimos otra cosa que cumplir con nuestro deber... Pero yo creo que Andrés no sólo ha salvado la vida de Paco Teba (noble proeza que no reporta a la sociedad ningún provecho), sino que ha salvado también el corazón de Victoria... En adelante la muchacha se olvidará de Teba y podrá unirse entonces a cualquier hombre de bien.

Un momento callaron ambos... Elvira dijo con sarcasmo:

—¿Podrá casarse con Andrés, no es así? Y durante la luna de miel le enseñará a manejar el tenedor y la cuchara y a escribir con ortografía.

Don Baltasar sonrió con beatitud

—Quizá conoces menos que yo el corazón humano..., y no por falta de agudeza, sino por afición a la vanidad de la vida y desprecio al desheredado y al humilde; es decir, al que es igual que tú y que yo. Hay, a veces, en un mendigo reservas del espíritu y de la grandeza humana que no quedan ya en el corazón de un príncipe y de un potentado... ¡Ojalá que Andrés fuera el esposo de Victoria!

—¡A su padre le hubiese halagado mucho el matrimonio de su hija con uno de esos mendigos llenos de abnegación espiritual!—exclamó Elvira con sarcasmo.

—Le hubiese complacido menos un yerno facineroso y cobarde.

—De todas maneras, sería siempre Victoria la que eligiera su destino. Y yo te puedo asegurar que jamás mi hija pensaría para eso en Andrés.

Don Baltasar permaneció un instante en silencio, mientras Elvira, airada, lanzábale miradas coléricas.

—Yo creo—dijo el sacerdote al cabo de un rato—que la dificultad está en Andrés más que en Victoria... Sería Andrés el que jamás aceptase ese destino.

XII

LA IMAGEN DE LA FORTUNA

No tardó Andrés en convalecer de su herida. Su vigoroso natural había superado aquella crisis y se sentía repuesto y decidido a reanudar las actividades de su vida. Pero observaba que ya no se utilizaban sus servicios, que los zapatos de las dos señoras no apare-

cían, como antes, en la puerta de su habitación, ni éstas le enviaban a la calle con los distintos “mandados”, en los que él ponía tanta exactitud y diligencia. Salvo don Baltasar, todos en aquella casa habían modificado sus relaciones con el muchacho. Elvira le saludaba respetuosamente, aunque sin cambiar con él una palabra, y Victoria había trocado sus fraternales expansiones por una postura humilde de docilidad afectuosa. Ni Andrés ni ella habían mencionado jamás lo ocurrido, pues su recuerdo atormentaba a la muchacha con una mezcla de vergüenza y de secreto horror.

Por lo que hace a la “opinión” de los barrios, Andrés se había percatado de que andaba en lenguas de mucha gente y se hablaba de él con entusiasta admiración.

Una de aquellas mañanas don Baltasar recibió una visita. Los visitantes permanecieron algún tiempo en su despacho. Cuando éstos marcharon, llamó a Andrés para hablarle.

—Escucha, Andresillo —díjole su protector—: Voy a decirte unas palabras para ponerte en antecedentes. Han estado en mi despacho las hermanas de Teba y el administrador de “Teba Hermanos...” A requerimiento de éstas y de la señora viuda de Teba, el Consejo ha acordado hacerte una importante donación, premiando así el acto heroico que ha salvado la vida al actual heredero de la firma. Este se halla en el extranjero, y no volverá a España en unos años, habiendo dejado un amplio poder a las hermanas para que éstas dirijan el negocio durante su ausencia... Han venido a comunicarme hoy el acuerdo de la Junta, y esta tarde irás al Escritorio a recibir de la familia Teba la cantidad adjudicada...

La emoción quebró la voz del buen sacerdote, que abrazó a Andrés con lágrimas en los ojos.

—Dios no abandona, hijo mío, a los humildes y puros de corazón. ¡Abrazame bien, Andresito!

Andrés abrazó temblando a su bienhechor y le besó repetidas veces las manos.

Don Baltasar dejó a Andrés y corrió a participarles la noticia a Elvira y a Victoria.

—¿Qué cantidad le asignan? —preguntó Elvira.

—No han precisado la cifra, mas parece ser una cantidad importante. Las señoritas Teba han dicho: “Deseamos que el salvador de nuestro hermano esté ya para siempre a cubierto de la necesidad, haga un hogar y hasta pueda establecer en la ciudad el negocio que le acomode.”

—¡Noble proceder el de los Teba! —aseguró Elvira, admirada.

—Andrés lo merece todo —dijo Victoria con firmeza.

A primera hora de la tarde Victoria estuvo platicando un buen rato con Andrés. El muchacho le habló de aquello con naturalidad, como si el suceso que podía cambiar su vida no tuviese apenas importancia.

—¡Pero, Andresillo, si dentro de unas horas vas a ser rico!...

—¿Qué hay que hacer para ser rico? —preguntó el muchacho con ingenuidad— ¿Tener dinero nada más?

Victoria rompió a reír. Era la primera vez, desde hacía tiempo, que Andrés escuchaba a la muchacha aquellas alegres carcajadas.

—Sí —dijo Victoria—, para ser rico hay que tener, en primer lugar, dinero, y después saber ser rico.

—Pero yo nunca lo aprenderé... ¿He aprendido siquiera a leer “de corrido”? ¿He pasado de garrapatear las palabras, sin poner puntos ni comas? ¿Sé hacer números? ¿Cómo voy a saber ser rico si eso es más difícil todavía? ¿Quién me enseñará en una semana a ser rico? ¿Don Baltasar? Creo que de eso sabe poco. Iré a doña Elvira a que me dé lecciones... Yo creo, señorita Victoria, que su madre es la única persona que sabe ser rica en esta casa.

Victoria le oía entre confusa y risueña.

—De poco le vale a mi madre esa ciencia de ser rica que tú le supones..., porque no lo es. Nadie es rico en esta casa, salvo tú, que vas a serlo esta tarde.

Andrés movió la cabeza, pensativo.

—No, no aprenderé nunca a ser rico. No sé mandar. No sé obligar a otro a hacer las cosas por mí. No sé

reñir a nadie. No sé ir en un coche, como no sea en la trasera... Si alguien me llama don Andrés, eso me sonará a burla.

Victoria le oía admirada.

—Si sabrás ser rico, Andrés... Bien mirado, no es muy difícil. Te casarás, tendrás niños, tendrás una casa. Cuando llegues a viejo recordarás estos años y reirás de tus inquietudes de ahora. Entonces harás memoria del tío Baltasar, de Elvira... y te acordarás también de mí.

Andrés movía la cabeza.

—¿Y ustedes estarán pobres?

—Igual que ahora, igual que siempre, si Dios no lo remedia —dijo Victoria con una sonrisa.

A la hora señalada marcharon don Baltasar y Andrés al escritorio de Teba. Andrés iba inquieto y preocupado; don Baltasar, jovial y gozoso.

El dinero fué entregado a Andrés sin ceremonial alguno y con suma sencillez. La señora viuda de Teba había dicho al muchacho:

—Esto es lo que podemos hacer nosotros... Por lo demás, Dios premiará, hijo mío, tu grandeza de alma.

Pusiéronle a firmar un documento por el que Andrés reconocía la donación y la aceptaba. Echó su firma torpemente y con temblorosa mano.

A la salida, don Baltasar expuso a Andrés:

—Me hago cruces del buen pie con que has entrado en mi casa. Verdad que el encuentro con el "Señales" ha estado a punto de costarte la piel..., pero Dios no te ha dejado de su mano.

Don Baltasar hizo una pausa y prosiguió:

—Escucha, hijo: antes de nada hay que abrir una cuenta en el Banco. Mientras tanto, has de pensar en algún negocio; en algún trabajo que te ocupe y te dé holgadamente para vivir...

Entre consejos y pláticas, llegaron a la casa. Don Baltasar condujo a Andrés a su despacho... Sentóse a la mesa e indicó a Andrés otro asiento a su lado. Abrió un cajón en el que había un cofrecillo de hierro.

—Saca ese dinero, hijo... Lo guardaremos en esta caja, que tiene dos llaves, hasta que mañana, a primera hora, vayamos al Banco a abrir tu cuenta.

Andrés puso los billetes sobre la mesa.

—¡Válgame Dios! —exclamó don Baltasar lleno de asombro— ¿Querrás creer que nunca he visto una cantidad como ésta?

Y afirmó con sencillez:

—Salvo esta casa en que vivimos, no hemos tenido nunca bienes, y sólo me acuerdo de que son necesarios cuando pienso en el porvenir de la niña y en la vejez de mi cuñada...

—¿Y este dinero es mío? —preguntó Andrés atónito— ¿Puedo hacer con él lo que quiera?

—Naturalmente, y has de administrarlo tú lo mejor posible. ¡Ojalá Dios te ilumine y hagas uso de él con toda cordura y buen sentido!

La suma quedó guardada en la caja fuerte del canónigo. Una de las dos llaves de la caja la entregó don Baltasar al muchacho.

—Las cosas hay que hacerlas delicadamente, y esta llave que te entrego es una señal de propiedad. Mañana el Banco recibirá y guardará ese dinero mejor que el cajón de mi mesa. Y te dará un recibo y un libro de cheques para que retires, a tu voluntad, el dinero que te haga falta.

Victoria acogió al nuevo propietario con una graciosa sonrisa. Casi no se atrevía Andrés a alzar sus ojos y mirar a los de la muchacha. Aquel cambio de la suerte producíale una enorme confusión y una extraña cordedad.

—¿Qué asuntos vas a emprender, Andresillo? ¿Por qué no aparejas un barco, dos o tres, para la pesquería? Tu padre fué pescador; tú puedes ser armador y patrón de pesca... Puedes ir a la altura, cruzar el mar y el Estrecho y volver, como un capitán, a hacer tu casa en la Caleta.

—¿Mi casa, señorita Victoria? Pero mi casa es ésta o es la calle...



XIII

LA ESTRELLA DEL PESCADOR

No pudo dormir aquella noche el hijo del pescador y de la quincallera. Pensaba que aquellos misteriosos papeles, con estampas, cifras y rúbricas harían de él otra persona, y no quería ser sino lo que era, y tampoco, después de todo, sabía serlo. Recordó su impetuoso deseo de ser alguien, mas pensó que el dinero no convierte a un nadie en un alguien: sólo hace de un nadie otro distinto nadie; un nadie de otro género y de otro pelaje. Y de ser nadie para siempre, él quería ser el nadie que era, con sus alegrías y con sus tristezas.

No menos le atormentaba el pensamiento de Victoria.
—Ella sí sabría ser rica.

Un secreto instinto le decía que los lindos abanicos se habían hecho para abanicar su rostro, las esencias y perfumes para bañar su piel de nieve, los mantos de seda para cubrir sus delicados hombros, las joyas para brillar en sus dedos y los collares para ceñir su garganta. Victoria sí sabría ser rica. Ella adornaría con su belleza el palco de un teatro o la hacienda de un noble y gran señor que la tomase por esposa. Mas sin dote y sin fortuna, no saldría de aquella casa, ni se haría pública su hermosura, ni pararía en otra cosa que en languidecer y mustiarse hasta igualar a su propia madre.

Tales imágenes pasaban por su cabeza con las ideas fastuosas que el vagabundo y el bohemio tienen de la belleza y la fortuna. Y de una en otras imaginaciones se pintó el amanecer en la ventana. Andrés se incorporó del lecho y miró hacia el puerto. Salían el sardinal y la jábega en busca del boquerón y del jurel, a la intermitente luz de la Farola. Le estremeció el frescor de la

aurora, haciendo renacer en su alma el canto de libertad que había escuchado en la cuna. Se vistió apresuradamente. Fué hacia el cofre donde estaban la vela y la palmatoria, el librito de la doctrina, el tintero y la pluma y un cuaderno escolar; arrancó la primera página del cuaderno y comenzó a escribir con gran trabajo. Rompió esta página y otras muchas... Al fin, un texto se libró del implacable escrutinio.

“Señorita Victoria Ramírez: No hagan por buscarme, ni usted, ni don Baltasar, ni doña Elvira. Me voy a una cuadrilla que está lejos, o más lejos todavía, a la Almadraba... Como yo quiero a usted inmensamente y es mucha la distancia que nos separa, y como yo jamás sabré ser rico y usted sí sabrá serlo, es mi voluntad cederle el dinero que “Teba Hermanos” me ha adjudicado y está en la caja fuerte de don Baltasar Ramírez. Como usted es la única mujer que he querido, conservaré como recuerdo la medalla de la Virgen de la Victoria. Me voy a ser pescador, como mi padre; a tirar de la tralla y a hacerme hombre de verdad. Beso las manos de don Baltasar, mi protector, y de doña Elvira, y besaré una y mil veces la medalla que me dió como recuerdo...”

Andrés dejó la carta encima del cofre y sobre ella la llave de la caja fuerte. Tomó su jábega, el pequeño juguete de su padre, y lo guardó en el seno. Bajó la escalera sigilosamente con los pies descalzos y los zapatos bajo el brazo.

Cuando se vió en la calle apretó el paso y acabó lanzándose a la carrera. Bordeó el puerto, llegó a las casillas del Bulto y a las playas de San Andrés. Allí tiraban del copo. Los pescadores hundían los pies en la arena para arrastrar la pesada malla, dándose los cabos unos a otros y volviendo sobre sus pasos para acudir a los posteriores y extender la red.

Andrés dió una gran voz:

—¿Vale un hombre?

—¡Venga! —le gritaron.

Andrés empuñó la tralla entre los otros compañeros.
—¡Eres valiente, muchacho! —le dijeron.

—¡Soy hijo de pescador! —afirmó Andrés con orgullo.

Sabido es que unos ojos muy hermosos derramaron lágrimas sobre un puñado de billetes de Banco y que luego esas lágrimas se secaron... También se sabe que Andrés Santos volvió al oficio de sus padres y hoy duerme junto a ellos, bajo un túmulo de conchas y guijarros, en el cementerio del Palo.



S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:

PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:

Teléfono 22 42 90.



LORD BYRON

...hubiese sido un cliente de

GALERIAS PRECIADOS

TEATRO

REVISTA INTERNACIONAL DE LA ESCENA

LA PRIMERA
REVISTA TEATRAL
DEL MUNDO

Cada mes, un volumen de 80 páginas con el texto íntegro de una comedia, crónicas de todo el mundo, colaboraciones exclusivas, reproducciones a todo color, etc.

Precio del ejemplar: 30 pesetas.

Pedidos y suscripciones:

EDICIONES ALFIL — Peligros, 4. Madrid.

1500 / Mo-2137
EDITORIAL DOSSAT

==== **S. A.** ====

**O B R A S
CIENTIFICAS
Y TECNICAS**



PLAZA DE SANTA ANA, 9

TELEFONO 31 13 48

Apartado 12040

M A D R I D

PARA SUSCRIBIRSE A
"LA NOVELA DEL
SABADO"

EN

Bilbao.	Granada.
Burgos.	Huesca.
Cartagena.	Jaén.
Castellón de la Plana.	Jerez de la Frontera.
Ceuta.	La Coruña.
Ciudad Real.	La Línea.
Córdoba.	Las Palmas.
Cuenca.	León.
El Ferrol del Caudillo.	Lérida.
Elche.	Logroño.
Gerona.	Málaga.
Gijón.	Melilla.

o en cualesquiera de las plazas en que
tiene sucursal el

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

podrá usted hacerlo ingresando su importe
con destino a la cuenta de la "Novela del
Sábado" en la Central del

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

B. Dip. Almería

EN MADRID

AL-821-LED-vag





RAMON LEDESMA MIRANDA

Nace en Almería. Galdosiano. Sus novelas principales son: «Almudena», «Antes del mediodía», «Vidas sueltas», «Caín y Abel», «Viejos personajes», «Laura Estébanez»... Con «La Casa de la Fama» obtuvo en 1951 el Premio Nacional de Literatura. «El vagabundo y la quimera» es una nueva expresión creadora de este gran novelista

1